

C-35 13-1

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-RELIGIOSA

EXALTACIÓN  
DEL CATOLICISMO

ORIGINAL

DEL DOCTOR LÓPEZ DE LA VEGA

PRIMERA PARTE

El pontificado romano y la felicidad de los pueblos

TOMO I

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE UBALDO MONTEGRIFO

26. -Baileón.-26.

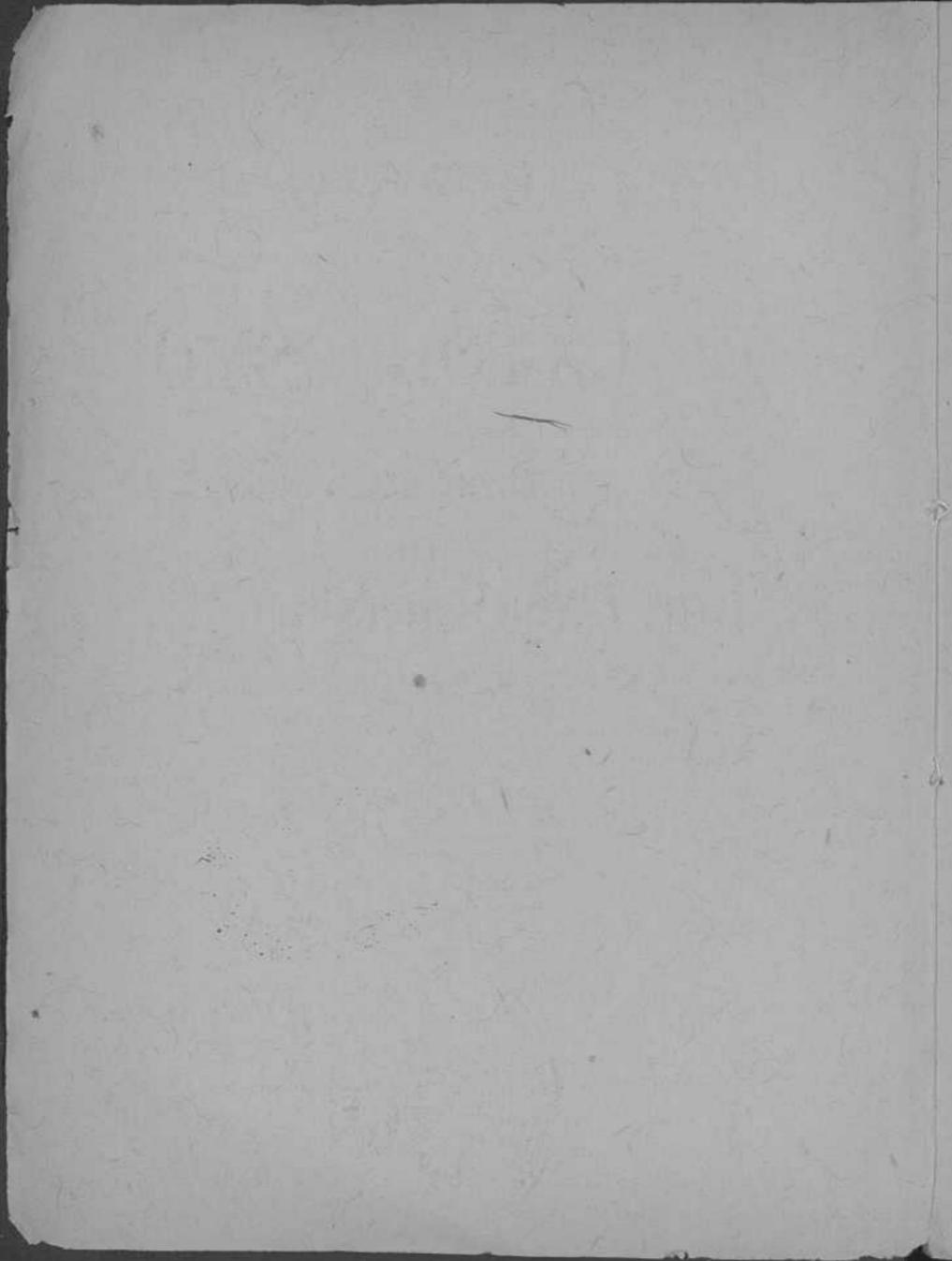
1886

4

18496-4

EXALTACIÓN  
DEL CATOLICISMO





BIBLIOTECA CIENTÍFICO-RELIGIOSA

---

EXALTACIÓN  
DEL CATOLICISMO

ORIGINAL

DEL DOCTOR LÓPEZ DE LA VECA

---

PRIMERA PARTE

---

**El pontificado romano y la felicidad de los pueblos**

TOMO I

3021



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE UBALDO MONTEGRIFO

26.—Bailén.—26.

1886

---

Esta obra es propiedad de  
su autor, quien se reserva los  
derechos concedidos por la  
ley.

---

# EXALTACIÓN DEL CATOLICISMO

## PLAN DE ESTA OBRA

### PRIMERA PARTE

---

#### EL PONTIFICADO ROMANO

#### **y la felicidad de los pueblos.**

Pruébese que la Iglesia Católica es la suma perfecta de todas las verdades y aspiraciones del espíritu, encaminadas á la felicidad temporal y eterna del género humano.

Que la Iglesia Católica es la vanguardia de la civilización, pugnando por el triunfo de la *armonía universal*, valiéndose al efecto de la *Oración* y la *Penitencia*, válvula de seguridad de la tranquilidad del alma y cadena de unión de todos para la realización

de una segura unidad de miras materiales y espirituales.

El Pontificado Romano es la delegación de Dios en la tierra, y tiene que ser defendido por obediencia á sus decisiones y por observancia de sus preceptos.

## SEGUNDA PARTE

---

### LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

ante el mundo civilizado.

Pruébese que no hay conflicto entre ambas, y que la naturaleza real del hombre y del mundo que le circunda, se hallan eslabonados y enlazados; resultando cierta la *unión y concordia* de todos los elementos orgánico-vitales y espirituales, de acuerdo con la tradición mosaica.

No puede haber desarmonía entre la ciencia y la religión, pues una y otra tienen su base en las verdades eternas, en relación con todos los conocimientos físicos, químicos, médicos, teológicos filosóficos y sociales.

### TERCERA PARTE

---

## LA PAZ UNIVERSAL

y el derecho político de las naciones civilizadas.

Pruébese que la *unidad religiosa* es la base de todas las *unidades* y el pedestal del progreso tranquilo.

Que no es posible la Paz sin que los gobiernos ajusten su legislación á todos los principios religiosos, formando todos un plan de armonía del que resulte un solo derecho, puesto que para la Iglesia no hay más que un solo pueblo.

El espíritu cristiano informa una ley de protección mútua para atender á los vaivenes de la vida, con una asociación general que garantice los derechos del trabajo y la seguridad del capital, sin más fuerza que el poder de la idea religiosa, fomentando los intereses colectivos. Todo lo que pugna contra la *paz universal*, tiene que ser *coacción y violencia*. La *unidad religiosa* es la base del derecho político de las naciones civilizadas.

---

Como epflogo de dichos trabajos, publicaremos las *Armonías de la Religión*, poema inspirado en el sufrimiento, bajo todas sus manifestaciones morales y materiales.

Estamos dispuestos á demostrar que la civilización pagana es anti-tética de la civilización cristiana, y que hoy, como siempre, la ciencia que no tiene por base el conocimiento de Dios y el temor de un castigo, demuestra ingratitudes, y es solamente vanidad y aflicción del espíritu.

Aceptamos desde luego la réplica de los disidentes de la Iglesia, en toda clase de estudios y conocimientos, lo mismo verbal que escrito, en la seguridad de que hemos de estar asistidos por la inexcrutable potestad divina, de cuya bondad recibe fuerza el débil, para humillar y confundir al soberbio.

DR. LÓPEZ DE LA VEGA.

Madrid, 1886.

---

## DISCURSO PRELIMINAR

---

Cuando el sol se oculta en el azulado seno de Occidente, y las aves plegan sus rizadas alas, para dormir el sueño de la inocencia, en sus aterciopelados nidos; y las ondas del mar se elevan en pompa gaya á las argentadas riberas, besando plácidas sus brillantes arenas; y la niebla vespertina sube en espirales al firmamento azul, simbolizando las plegarias que se dirigen al Trono de Dios, desde el fondo de las almas creyentes, el espíritu de los católicos se transporta á un mundo en que no hay penas y dolores, sino la felicidad beatífica, que es la más suprema.

En la estación risueña de las flores, el aire está aromatizado y las hojas verdes suspiran, las fuentes murmuran y los ríos llevan tranquilas corrientes, que parecen collares de diamantes, sobre aljófares de perfumada yerba. ¿Qué sirven las pompas, honores y riquezas del mundo, si nos falta la alegría del corazón y la esperanza de otra mejor vida? Si de regiones tristes y lejanas recibimos una mala noticia, suspiramos por la fé, si la hemos perdido; y buscando con avidez consuelo á nuestro dolor, sólo lo hallamos en la Religión.

Nadie apenas entrará á veros en la pobreza; pero si pedís la visita del Señor, el Señor os traerá el sacerdote católico, y os reconciliará y consolará, ofreciéndoo la salvación y prodigándoo palabras llenas de ternura, con la sacratísima unción del Evangelio.

El sacerdote ejerce los oficios de maestro, médico y juez, y también de padre con sus feligréses. Como maestro, descubre el velo de sus ignorancias, y los ilumina con la luz de la verdad; como médico, cura los males de su espíritu, inclinándolo hácia el cielo; como juez, absuelve al arrepentido, proporcionándole una dicha que jamás tuviera; y como padre, revela á sus penitentes el deseo más vehemente de su salvación, inspirándoles amor á lo eterno y absoluto, y un deseo dulce y constante de conseguir la perfección.

El sacerdote está en la obligación de encaminar las almas hacia el Eterno Padre, con doctrinas sublimes y ejemplos heroicos.

El Pontificado Romano representa el complemento de todas las virtudes sacerdotales, y está por encima de toda potestad terrenal.

Si no hubiera Pontífices, no hubiera civilización; y como el Altar tiene la significación de la verdad católica, con las oraciones que en sus aras levanta el sacerdote hacia Dios; si el Altar no existiera, no tendríamos quien intercediera por nosotros con el Omnipotente, y vagaríamos por el mundo sin rumbo cierto, á merced de nuestras dudas, sucumbiendo al poder de la desesperación.

El hombre que no cree, nada espera, nada le halaga. No sentirá las armonías y delicias de la naturaleza, y estará como mudo espectador de las bellezas del arte, sin comprender sus arrebatos celestiales.

La alteza de la perfección cristiana, no se consigue sin observar los preceptos católicos, que se reasumen en la caridad. De cualquier clase y condición que seamos, Dios nos admite á la comunión, si observamos puntualmente las respectivas obligaciones y preceptos de buenos cristianos.

Los que vemos en el Pontificado la felicidad de los pueblos, hallamos ventura y calma defendiéndolo.

El amor divino nos hace caminar por el aprecio de Dios; debiendo despreciar todo lo que nos aparta de Él.

El Pontificado nos dice: «No os ilusioneis con las grandezas del mundo: sois peregrinos de un día sobre la tierra: orad y confesáos y sereis salvos.»

Si no cumplimos lo que el Pontificado nos encarga, nuestras obras serán imperfectas y nuestros disgustos innumerables. Todo el que no observa sus disposiciones, quiere ser soberbio, altanero, inquieto, duro, cruel é inhumano.

Todos nuestros males tienen su origen en la concupiscencia de la carne, que nos inclina á los placeres y vicios de todo género; en la concupiscencia de los ojos, que nos inclina á las riquezas y pompas del mundo; y mayormente á la soberbia, que nos revela contra Dios, contra la Ley y contra la conciencia, trabajando incesantemente contra nuestra salvación.

Si nos ejercitásemos constantemente en los acto

de caridad, aspirando con ella á la perfección cristiana, no abusaríamos de la debilidad de los que sufren, pensando siempre en practicar el bien y compadeciéndonos de sus desdichas y pesares.

En nombre de Dios infinito, pugnamos por el Pontificado, cuya grandeza y majestad no tienen comparación con nada de lo que más grande pueda parecer en el mundo.

La esperanza y la fé no pueden favorecernos, faltándonos la luz de la Iglesia.

Las almas no pueden sentir fruiciones de felicidad, si les faltan las creencias religiosas.

Los perfumes de las flores, las perlas y las espumas del mar, las gotas del rocío, los gorjeos de las aves, ¿podrían conmovernos, sinouviésemos puesto el corazón en Dios?

Nubes diáfanas y livianas cruzan el espacio, con las que van acompañados los suspiros de las almas tristes.

Ellas han visto los campos sin flores, y no han encontrado más que soledad y sepulcral silencio.

Apetecieron la paz de la vida, y sólo encontraron desencanto y desprecio.

Pero los efluvios de la Religión penetraron en ellas, y desde entonces los átomos, las perlas y las flores, vinieron á endulzarlas y á inspirarlas, para sentirse fuertes, y para aspirar sonrientes horas de indecible felicidad.

Por eso Dios nos ha concedido el Pontificado Romano, y debemos, por lo tanto, defenderlo y bendecirlo, pues su sostenimiento espiritual y temporal, es

una necesidad de la civilización, que racionalmente no puede disputarse.

Palpita el seno por un porvenir de gloria y armonía; pero si no creemos en la Iglesia, ni nos halagará el brillo de la luna, ni el trino de las aves, ni el perfume de las flores, ni el murmullo de las fuentes.

La paz y el bienestar, el sagrado fuego de la esperanza, sólo pueden coexistir con el catolicismo.

La Religión es como un perfume de rosas purpúrnas y como diamantes de luz: con ella está unida la felicidad, para que á su benéfica sombra podamos vivir tranquilos contra las invasiones de la perversidad.

Por eso debemos defender el Pontificado y observar los preceptos de la Iglesia, que tan directamente conspiran en favor de nuestro bienestar.

No acabaría si hubiera de proseguir aquí los elogios del Pontificado; aunque lo dicho basta para que se vea cuán necesaria es su existencia, aspirando como aspira á la *Paz Universal*, por medio de la *Unidad religiosa*.

Por esta razón se nos encarga desde la Cátedra del Espíritu Santo, que no perdamos tiempo y ocasiones en defenderlo, *semper et pro semper*, sin contemporar con políticas de ningún género, pues sin esa institución divina, la civilización será pura *mimia* y *hojarasca*.

Las naciones que se llaman católicas, no lo serán verdaderamente, si no son antes católicas que políticas. Los prelados y demás dignidades eclesiásticas antes que cohonestar con los poderes y los grandes,

sostienen el brillo de la Iglesia, encareciendo á los fieles la observancia de la Religión, y prescindiendo por completo de honores y preeminencias humanas. La mejor cruz que llevan, es la cruz de la humildad, la cruz de la oración, la cruz de la caridad, enseñando la fraternidad, con exclusión de ideas políticas, que no pueden dilucidarse dentro de la Iglesia.

El Pontificado es el mismo cielo en la tierra, enseñándonos pureza de alma, perseverancia en la virtud, mortificación del amor propio, mortificación del entendimiento, mortificación de la memoria; mortificación, en fin, de todas las pasiones, vicios y malas inclinaciones.

El Pontificado nos aconseja que seamos humildes y misericordiosos, y que aspiremos siempre á alcanzar el favor de Dios, con la práctica de la oración, guardando nuestro corazón, mortificando nuestros sentidos y concertando nuestra vida.

Las naciones llamadas católicas, tienen el deber de dar ejemplos de todas las virtudes; y si quieren blasonar de hijas del Pontificado, deben sostenerlo á todo trance, empleando al efecto cuantos medios tengan á su alcance, justos y legales.

¿Qué hijos no van en apoyo de su padre, cuando le ven afligido?

Si los católicos son hijos del Pontífice, ¿por qué no le ayudan en su tribulación?

La fé, si no se hace patente con hechos ostensibles de adhesión á la Iglesia, es una fé hipócrita, galanteadora y supérflua.

Los gobiernos que cohonestan con el error, por ha-

lagar la libertad, son gobiernos excépticos, que no contribuyen al triunfo de la verdadera civilización.

Por eso la política laxa y contemplativa, que no apoya con vigor y energía las disposiciones de la Iglesia, no puede impulsar los conocimientos y el trabajo por el camino de la felicidad.

La ciencia que prescinde de la Iglesia, es una vanidad manifiesta, herida de muerte, falta de unción y expuesta á ser combatida, sin éxito, en la lucha.

¡Campo, pues, al Pontificado Romano!

¡Paso al poder espiritual y temporal de los Pontífices!

Así lo exige la civilización, la ciencia, el progreso y la luz.

Si nos separamos de la Iglesia, pereceremos sin remedio.

El medio más importante para mantener á los pueblos en paz, unidos por el indisoluble lazo de la caridad, para que florezca en ellos la virtud, es la observancia de los preceptos religiosos.

La causa de verse los pueblos turbados con la corrupción hedionda de los vicios, es la falta de observancia de aquellos preceptos. Por esta causa los gobiernos, por buenos que sean, no pueden conseguir que las leyes sean obedecidas, pues la falta de principios religiosos, se opone á la observancia de toda ley. La tiranía de que se quejan los pueblos muchas veces, existe dentro del hogar, donde los caracteres díscolos y altaneros torturan á las personas dóciles y magnánimas, con una intención siniestra, exasperados de ver su virtud siempre constante. De todo lo

cual se infiere cuanto riesgo corre la sociedad, faltándole el influjo religioso.

Para mayor abundancia de desdichas, y porque más atensiblemente se determina el imperio de la corrupción, á manera que se olvidan los deberes cristianos, las máximas paganas y las costumbres gentílicas, se van entronizando al extremo de que los pueblos católicos, ya parecen pueblos asiáticos ó africanos, más bien que pueblos que profesan la Ley de Cristo.

Gran parte de sus desdichas, sino todas, proceden de sus costumbres corrompidas, de su lujo destructor; sin contar con que, murmurando unos de otros sin piedad, no se conducen de los que sufren, llamando *vago* y *perdido*, al que es víctima de la adversidad, muchas veces por ser tímido, no saber intrigar, y darlo todo al trabajo honrado, sin mezclarse en contiendas de ningún género, con que los osados medran y se enriquecen.

¿Por qué las naciones paganizadas no quieren el imperio de la Religión? La respuesta es obvia y concluyente: porque están faltando á Dios y á la Ley, y por eso quieren descartarse de toda obligación espiritual, rindiendo culto tan solamente, á lo positivo y perecedero.

Levantemos los católicos la frente muy alta, y opongámonos á las doctrinas anti-cristianas, sin contemporar con clase alguna de personas, por muy encumbradas que se hallen. No queremos católicos en el nombre, que con visitar las iglesias y oír misa con frecuencia, ya se consideran *santos*, siendo altaneros

y soberbios, mezquinos é interesados, aduladores del fuerte y despóticos é intransigentes con el débil.

El verdadero católico debe ser manso de corazón, agradecido al que le hace bien; honesto y recatado; humilde y bien hablado, sin faltar jamás á las consideraciones que se deben á las personas que se conducen bien y que por sus hechos de ostensible virtud merecen gran veneración y respeto.

Tales son las ideas que predicán los sacerdotes, sin que discrepen ni en un punto, en todas las regiones donde hacen oír su voz de paz y misericordia.

Sin ejércitos y escuadras, los sacerdotes penetran en las comarcas más incultas, y sin derramamiento de sangre, enseñan la Ley divina y el respeto á la autoridad.

Conocido el ascendiente de los misioneros católicos, deber es de los poderes fomentar las misiones, prestándoles toda clase de auxilios, para que puedan cumplir sus vótos, hasta conseguir cuanto se proponen.

Vayan, pues, las misiones por el mundo, enseñando el Evangelio, y no se omita todo sacrificio que sea conducente á este noble propósito, so pena de merecer la más ácerba censura.

El Pontificado Romano, representando el mayor auge y esplendor de la civilización, será el fiel guardador de sus conquistas, pues tiene de Dios el mandato expreso de no obedecer á leyes inicuas, sino por el contrario, de protestar contra todo lo que tienda á menoscabar sus derechos é inmunidades. Todos los escritores, profesores, poetas, artistas y demás hom-

bres de ciencia, deben agruparse y unánimes sostener un acuerdo, que es, no para medrar y ser ricos, sino para ensalzar el Pontificado, pues en ello va por mucho su honra y su crédito, que es su sólida y legítima riqueza.

Nada será más digno para los hombres de corazón magnánimo y generoso, que hablar muy alto en pro del Pontificado.

Empleen sus talentos en contribuir á que nadie empañe sus blasones, formando todos una legión invencible, que oponga valla inexpugnable, á las pretensiones de los excépticos.

Nada hay más respetable y necesario que el sostenimiento de ese poder, pues mantiene vivas las excelencias de la fé, preparándonos la recepción que tendremos en el Cielo, al penetrar en él, exentos de toda culpa.

¡Peregrinos de la tierra! No lloreis ni gimais, creyéndoos abandonados de Dios, porque seais pobres. La Iglesia os considera grandes y excelentes, en el mero hecho de ser mansos de corazón y acatadores fieles de sus salvadores preceptos.

*La Oración y la Penitencia*, serán vuestros mejores amigos, que os concederán las riquezas del alma, que son las mejores. Todo lo que propenda á separarnos de la Iglesia, lleva en su seno el gérmen de la perdición.

Por eso debéis acatar y defender el Pontificado Romano, que es el gran poder de Paz, que Dios ha constituido, ofreciéndonos respetándolo y amándolo, una recompensa celestial.

Ved porque nosotros, al proponernos dar á luz el presente libro, primero de esta biblioteca, llevando por norma la divisa de la *Paz Universal*, basada en la *Unidad religiosa* y en la existencia temporal y espiritual del *Pontificado Romano*, nos sometemos al espíritu de la Iglesia.

Seguros estamos de que Dios nos ha de premiar este humilde trabajo, que al presentarlo desnudo de aspiraciones mundanas, lo hacemos con el corazón conmovido por las tribulaciones que la Iglesia sufre, ansiosos de coadyuvar á que sus divinos privilegios no sufran menoscabo.

La Iglesia no aspira á entrometerse en la política de las naciones, como terminantemente lo hace saber el Pontífice, segun consta por un telegrama de Roma, fecha 19 de Setiembre, 1882, y que tomamos de *La Correspondencia de España*, del día 20.

«ROMA, 19.

La encíclica que el Papa ha dirigido á los obispos españoles declara que nadie debe mezclar la Iglesia con los intereses de los partidos políticos. Añade que la Iglesia es superior á las pasiones humanas y que no condena ninguna opinión que respete la religión y la justicia.—*Fabra.*»

Si pues la Iglesia está por encima de todas las pasiones y opiniones, y poderes y grandezas, y honores y preeminencias del mundo, todo lo que de ella emana, tiene el sello de la propia divinidad; y considerándose el Pontificado bajo este aspecto, sus decisiones son dogmáticas é infalibles, y nadie puede ni

tiene derecho á negarlas. De lo dicho se infiere, que no es lícito combatir el poder espiritual y temporal de los Papas, pues su jurisdicción es universal, bajo el primer aspecto, y romana bajo el segundo, porque es un poder guardador de las reliquias de los santos y de los mártires, de los museos y demás establecimientos religiosos, que forman el Arca Santa de las glorias de la Iglesia, trasunto de aquellas maravillas que se hallan en el cielo, y que custodian legiones de espíritus seráficos y arcangélicos, formando la córte de Dios, por quien gobierna el Pontífice, con la aprobación de los fieles, acatando sus soberanas decisiones.

Lo que llamamos tribulaciones y adversidades de la vida, no es más que una oscilación de nuestros actos, cuyo resultado es el conocimiento de nuestra pequeñez y flaqueza.

La conciencia nos acusa de todo lo malo que nos sugiere nuestra mísera condición. Por eso *la Oración y la Penitencia*, haciéndonos adquirir un generoso desapego de cuantos bienes caducos y percederos tiene el mundo, nos impulsa á no amar ninguna cosa, sino es en Dios y por Dios, consagrando todo nuestro afecto, á que se cumpla su santísima voluntad.

El amor propio, es la raíz de todos los vicios.

La humildad es el fundamento de la virtud.

El buen cristiano debe meditar con frecuencia en la muerte, pues de esta consideración resulta un gran horror á los vicios y un amor que inunda el alma de alegría á las virtudes. Bien lo dijo el Espíritu

Santo: *Memorare novissima tua, et in ceternum non peccabis.*

Y porque la Iglesia, en todo el orbe, enseña estas verdades, la combaten algunos hombres ciegos, cuya vida está llena de amargura, fingiendo una felicidad que no pueden sentir.

La combaten profesores ilustres por sus muchos conocimientos y posición social; y esto basta para que jóvenes inexpertos, ansiosos de gloria, honores y riquezas, los sigan y se engolfen en sus abstracciones erróneas, labrándose de este modo su infelicidad.

Sepan todos los que quieran oír y escuchar las prescripciones de la Iglesia, que ella no enseña más que lo que Dios ha dispuesto, pues todos los caminos suyos son verdad, según lo dijo David (Ps. 118): *omnes viæ tuæ veritas.*

A los que se pongan en frente del Pontificado, les retamos humildes, pero fervorosos, á toda clase de discusiones orales y públicas, dispuestos á observar el decoro y circunspección de verdaderos cristianos, sin rencor, ira, soberbia y otra falta alguna, contra la personalidad humana, que es digna del mayor respeto, pues Dios nos manda á todos proceder con dulzura, buscando la *Gracia*, con la cual todo conocimiento se esclarece é ilumina con la Fé, fuente de la sabiduría.

No de otra manera podríamos abordar la publicación de esta modesta obra, en la cual podrán hallar defectos los doctores de la Iglesia, los filósofos y pensadores cristianos, acaso más pronunciados que los incrédulos, pues los primeros, hallándose en posesión

de la verdad y de las reglas de alta literatura católica, pueden conocer fácilmente aquellas faltas, que no por mala intención podremos nosotros cometer en la redacción de nuestro libro; pero que, una vez advertidas, podremos corregir y enmendar, reconociéndolas y confesándolas.

Los incrédulos, á pesar de que muchos serán profesores y publicistas de gran talla y respetabilidad, seguramente no se fijarán tanto en nuestros expresados defectos; sino que, por el solo hecho de que somos católicos y papistas, nos apostrofarán y afearán, considerándonos sumidos en los antros de la ignorancia.

Con gran satisfacción les oiremos, y escuchándoles pacientes, nos servirá de lección, para procurarnos mayores luces cuanto nos objeten, si lo hacen con mesura y delicadeza, pues al defender el Pontificado, lo hacemos por demostrar la alianza que existe entre la Religión y la Ciencia, cuya cuestión atañe tan directamente á la Iglesia, como á las escuelas y academias, y sin cuya circunstancia, ni la una, ni las otras, podrían dilucidar las grandes proporciones que nacen de la verdad misma, para mayor gloria de Dios, que es Aquél á quien deben converger todas las luces y conocimientos, á fin de que podamos cumplir santamente nuestra misión en el mundo.

¡Quiera, pues, Dios iluminarnos en esta espinosa tarea; y ojalá sea fructífera para la humanidad, á la que amamos, porque á ella pertenecemos, y porque tenemos el deber de tratarnos todos como verdaderos hermanos, exponiendo nuestros criterios y conviccio-

nes, sin incurrir en faltas que lastimen la personalidad de nuestros semejantes!

Nosotros creemos en que con nuestros pecados perdonados, podremos aplicar el fruto de tanta dicha, por vivos y muertos. Por eso si lo que escribimos pudiera ser producto de la gracia de habernos hecho agradables á Dios, sin duda alguna llegaría á ser provechoso á la salud de las almas, y por lo mismo, útiles á la humanidad.

Si nos fuera dado alcanzar tanto favor, desde luego los incrédulos nos oirían tolerantes, y les sería de algun modo grato conocer nuestra recta intención. Si así sucediera, nuestra alegría no tendría límites.

Con ellos quisiéramos ser todo lo humilde que es necesario para conocer que todo lo que es y podamos tener de bueno, únicamente nos viene de Dios, que es el autor de todo bien. Porque á decir verdad, nada debemos atribuirnos y apropiarnos, pues todo lo que emana de la inteligencia reside en el alma, y como el alma es un destello de Dios, todo lo que de ella nace, pertenece á Aquél, á quien debemos entregarnos; corrigiéndonos, si obramos equivocadamente, pues los juicios se suelen bastardear, y Dios que nos habla para que le busquemos, nos demanda arrepentimiento, concediéndonos perdón.

Y con el perdón, una misericordia sin límites.

Nadie sabe cuando deberá llegar su última hora, y debe por lo mismo, toda persona hallarse prevenida, para no caer en las redes del mal, que por todas partes y á todas nos está acechando. Al efecto, se vale de cuantos atractivos pueden fascinarnos, presentán-

donos las cosas tan bellas, que fácilmente nos engañamos y vamos rectos á nuestra perdición. La literatura sensual valiéndose del drama y la novela, siempre en el corazón gérmenes maléficos, que pronto dan un fruto amargo, con que nos envenenamos y prostituimos. A este tenor, las fiestas y distracciones profanas, llevan casi siempre consigo, no solamente dispendios perjudiciales, si que tambien semilla, cuya cosecha es corruptora y mortal.

El Pontificado Romano tiene tanta rectitud y tan buen deseo de evitarnos castigos y remordimientos, que no es posible negarle la más completa adhesión, por el servicio trascendental que presta á la humanidad. Tiene tanta energíá como suavidad; tanta severidad como dulzura: conoce la debilidad de nuestra naturaleza, y á todo trance procura que no nos comprometa, con una vigilancia y un celo tan acrisolados, que nadie sería capaz, ni con todos los ejércitos y tribunales del mundo, de imponerse con más eficacia y acierto, sin exponernos á peligro alguno.

Los que combaten el Pontificado, no queriendo que sea ni espiritual, ni temporal, se consideran fuertes y experimentados, diciendo que la *Razón* tiene en sí misma su *Pontificado*, su *Religión* y su *Culto*. Poco les vale que no nieguen á Dios, si niegan sus mandatos, expresados tácitamente en la *Pasión y Muerte* de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo Redentor dejó el Pontificado, como representación viva de su soberanía, de su justicia y de su poder, como creador y como padre.

Profanos en la ciencia cristiana, sus conocimientos están saturados de miasmas corruptores, llevando

por lema la autonomía del pensamiento, sin más regulador que sus vacilaciones y presunción, oscilan en los mares de las conjeturas.

Lo que es preciso recordarles á los que tanto se entusiasman con las riquezas y vanidades del mundo, es la sexta palabra que el Redentor habló desde la cruz, diciendo: *consumatum est*; pues en aquella palabra daba á entender, que fuera acabado y cumplido todo lo que el Padre le mandara padecer desde el pesebre hasta la cruz; y que las mismas palabras las pronunciará, cuando en otro dia de gloria y majestad diga: *Ya os acabó el Mundo y su gloria vana, ya son acabados los deleites de los malos y trabajos de los buenos. Consumatum est.* Con este recuerdo, no tendrán tantas preocupaciones por causa del progreso, del porvenir, de la grandeza humana; sino que, impresionados con las disposiciones de la Iglesia, dirigida tan sábiamente por el Pontífice, se complacerán en repetir con San Pablo: *Acabado hé mi carrera, acabado hé mi vida, en la cual he cumplido como buen cristiano y buen religioso las funciones de mi estado, para poderlas decir en la hora de la muerte, sin nubes en el corazón.*

A nosotros, que pertenecemos á la comunión de la Iglesia, no nos amedrentan los sectarios y los filósofos, aunque pudieran reunir todos los ejércitos y todas las escuadras del mundo para combatirnos. Somos fuertes, porque tenemos de nuestra parte la justicia, que es el lábaro de los derechos humanos, fundado en la integridad de la Iglesia. Nuestra voz está conforme con la dignidad del Pontificado, pues fuera

de su potestad, no puede haber otra legítima. El precepto afirmativo del hombre civilizado de esperar en Dios, incluye el de la fé, que no se opone á la libertad moral; pero la somete al raciocinio religioso, sujetándola á la observancia de los Mandamientos. El que ama el peligro, perece en él, como dijo el Eclesiastes: *Qui amat periculum, peribit in illo.*

El Pontificado tiene su fundamento derivado de la potestad de Dios, y por eso es un delito combatirlo y negarlo.

La humanidad, sin Religión, es como Lázaro enfermo, al que viendo María y Marta, sus hermanas, en tal estado, despacharon á Cristo una carta, la cual constaba de estas solas palabras (Joan, 11, n. 3): *Mirad, Señor, que el que amais está enfermo.*

El siglo está enfermo de ira, de soberbia, de impaciencia, seco de devoción, y por eso es necesario que vuelva los ojos al Pontificado, pidiendo que lo cure, salvándolo de sus errores, para que el entusiasmo religioso levante el espíritu público y las disipaciones corruptas desaparezcan.

Nosotros, los que de católicos nos preciamos, ¿qué deberemos, hacer para hacer algo en beneficio de nuestros enfermos hermanos?

Debemos llamarlos y decirles: *Venid á la Iglesia; purificáos en sus fuentes cristalinas y salutíferas, y sereis curados; y tened presentes las palabras de Jesucristo, dirigidas á los que padecen: Venid á mí los que llorais y gemís, que yo os consolaré.*

El Pontificado opone valladar inexpugnable contra

las acometidas del error, de la impiedad, del despotismo.

Los que se fascinan con las mentidas glorias del mundo, nada pueden ver en él, á no ser que estén miopes, más que un volcán de independencias mentidas, de ambiciones bastardas, que no pueden causar más que nuestra perdición temporal y eterna.

La Iglesia católica ofrece paz en el alma y tranquilidad en la conciencia.

Existiendo la Iglesia, existirá la fé.

Ella convirtió á los esclavos, á los húngaros, á los dinamarqueses, y restableció en Inglaterra el catolicismo.

A su influjo, se enardeció el entusiasmo del siglo en España, y pudo con él vencer á los moros en su suelo y á los sarracenos en Italia.

A su influjo se debe que se hallasen cultivados los desiertos y pobladas las ciudades.

La silla de San Pedro ha sido ocupada por el sábio Leon X, restaurador del arte; al sábio Gebert, el primer hombre del siglo y de otros más; en el trono de Alemania, á San Enrique; en el de Hungría, á San Estéban; en el de Francia, al religioso Roberto y á Fernando el Santo, en España; y toda la Europa, en fin, poseída de un entusiasmo que llevó su fuego civilizador á todas partes, realizando victorias incalculables. La fuerza desordenada se regularizó con el influjo católico, conteniendo el Pontificado el fuego devastador de las más locas ambiciones.

Este siglo tiene todavía la ferocidad y barbárie de otros tiempos de constantes retrocesos, y mientras

los *touristes* más presumidos hacen viajes de recreo, los misioneros católicos, sin más armas que un Crucifijo y sus oraciones, con un amor ardiente á la humanidad, acometen las mayores conquistas. Buen ejemplo de esto es lo que el ilustre gallego tudense, padre Salvado, ha hecho en la Océanía, civilizando gran parte de ella, coadyuvándole el padre Serra, y ganando para la Iglesia millares de almas, que carecían del agua del bautismo: la Nueva Núrcia, colonia agrícola, fundada por aquel heróico batallador, es la síntesis prodigiosa de sus trabajos.

Si, pues, la Iglesia católica es el *faro* de la civilización, es un absurdo, una impiedad, un verdadero delito combatirla. Ocasión tendremos de demostrarlo en el curso de la presente obra; persuadidos de que las sombras que nublan la frente de la humanidad, desaparecen tan pronto como el alma se entrega á la acción benéfica de la Religión.

Solitaria y vacía nuestra planta, encontrará flores en su camino, huyendo el tropel de sombras que nos oscurecen, rodeándonos enlutadas.

Recuerdos punzadores nos afligen, y una verdadera lágrima de resignación nos consuela. La Religión, iris de mil colores, brilla espléndida, orlada de záfiro y grana, haciéndonos aspirar á otro mundo, donde la gaya pompa de las flores nunca se marchita.

El corazón desfallece, el pensamiento se abruma; pero la fé rasga el pardo velo de las nubes tristes, y luego el cielo brilla más sereno, y un soplo de esperanza, aromatizado de efluvios celestiales, nos brinda el más apacible reposo.

El amor de la casta María, las plegarias de las vírgenes de Sion, el llanto y los suspiros de Magdalena, interceden con Dios, por el corazón apenado; y el corazón se trasforma, y la luz de la felicidad le inunda, y consigue que sus dudas se desparezcan, porque sin su amparo seremos hijos pródigos, sujetos á la miseria de nuestros desordenados apetitos.

Con rizarse el pelo y usar cosméticos aromosos, y llevar sobre la frente guirnaldas de piedras deslumbrantes, y vestirse de seda, raso y púrpura, no se cumple con la humildad cristiana, tratándose, por ejemplo, de hacer cuestaciones á las puertas de las iglesias, con ánimo de allegar recursos para fines caritativos y eclesiásticos. La más pobre hospiciana puede servir para aquellas tareas plausibles; y acaso tenga el alma más llena de fervor católico que la encumbrada señora, con cuyo lujo pudiera querer imponerse, faltando á la humildad religiosa.

No crean tampoco que por ir hasta la Iglesia en carruaje régio, con todo el boato de un emperador de Oriente, atraen más las simpatías de sus hermanos en Cristo, pues además de ser opuesto á la severidad del templo la pompa y la vanidad del mundo, pues la hinchazón que infiltran en nuestro cerebro de frágil barro, no permite hacerse cargo de las palabras del sacerdote en el Altar y en el púlpito, es lógico suponer, que si por piedad se acude á la Iglesia, no hace falta el lujo de las recepciones profanas, donde la confusión de tantos saludos y genuflexiones de los próceres y aristócratas, parecen repercusiones de ballenas y delfines, que amenazan con tragarse á

todo el género humano, por más que la etiqueta social las sancione y conserve.

La humildad cristiana se representa muy bien en los monjes penitentes, cuya presencia nos causa un respeto profundo, haciéndonos recordar de qué modo Carlos V, después de asombrar al mundo por su lujo y su poder, al fin se reconcilió con la humildad, muriendo como verdadero cristiano, renunciando á la pompa de sus palacios, de sus grandezas y de su gloria mundana, asistiendo en vida á sus funerales.

Por esto el Pontificado es contrario á la pompa pagana, y aconseja vivir en Cristo, sin turbarnos con las glorias y grandezas de la tierra.

Así, oh almas creyentes y humanitarias, que sois cristianas á prueba de sufrimientos y vejaciones, nada temais de los que os motejan y martirizan.

Humillaos ante la silla de Pedro, y pedid por vuestros perseguidores y calumniadores. ¡Adelante, con la fé de Cristo! No envidieis el lujo, por más que el que lo usa y no se hincha con él, puede ser un buen cristiano, siempre que sepa elevarse sobre las cumbres de su fastigio, librándose de las emanaciones ponzoñosas en que sus embriagadores perfumes suelen convertirse.

Nuestra Santa Madre la Iglesia, se viste siempre de gala, porque tiene un empeño especial en que sus festividades sean agradables por la belleza artística y el encanto de la pureza. Luces, flores y blanquísimos altares, simbolizan la inocencia, el candor, la virginidad; y el canto y la música, exenta de profa-

nas reminiscencias, impresionan el alma dulcemente, elevándola á la contemplacion de lo que con tanto acierto se dispone en nuestros templos, para mayor gloria de Dios.

El Pontificado, nos sostiene en pié, firmes y serenos, sin caer bajo el peso rudo de los enemigos de la fé, que con el derecho de la fuerza bruta, por norma de sus criterios, quieren ser los árbitros del mundo, desconociendo toda clase de deberes, con una furia aterradora.

No piensen que con llamarse católicos y hacer ostentacion de sus riquezas, ganan más mérito para Dios. Sepan hacer de su fortuna un uso conveniente, y así cumplirán mejor con su filiacion cristiana, pues sin la observancia de las virtudes religiosas, todos sus castillos, palacios, carruajes, entorchados, cruces, títulos nobiliarios y excelencias piramidales por activa y pasiva, no les valdrá nada para ganar camino en la grey cristiana.

Señor, vos que leéis en el corazon de los hombres y sabeis adonde se dirigen sus pasos é inclinaciones; vos que no desatendeis á ningun ser de la creacion, dejando que realice sus destinos con arreglo á las leyes que les habeis impuesto; vos, que buscáis de preferencia á los que llevan sombras en el alma y arrugas en la frente; vos, señor, sosteneis el Pontificado Romano, porque es necesario para la civilizaci6n, y porque si él sucumbiera, en aquel momento mismo el mundo dejaría de existir, desquiciado bajo el poder del bárbaro *ateismo* y el látigo de los tiranos. Tiembla el rocío en la hoja y la abeja liba en la flor, por

que vos sosteneis esa armonía de la naturaleza, bajo cuyo imperio se realizan las leyes del universo, sin que nadie pueda cambiarlas.

Cuando el alma se deja guiar por la religión, suspiro vago y tierno la consuela y extasía. Todo cuanto es poético y sentimental, emana de la fé religiosa, cuyo aroma nos eleva al cielo. Por esto el Pontificado funda su mayor gloria, en mantener vivo y esplendido el catolicismo, de donde emana la paz y el bienestar. Emblema de su augusta representación, está destinado á servir de númen á los grandes poetas, para que canten la unidad religiosa y no vanidades y pompas de la tierra, especulando con su estro, para que la infeliz humanidad sea salva. Al eco de la voz del Sumo Pontífice, los pueblos se estremecen de gozo, y el ángel de la armonía universal, saluda con la voz del infinito, al progreso y á la libertad bien entendidas.

El Pontificado, tiene un consuelo para cada dolor; al corazón que gime endulza, dándole nuevas esperanzas y encantos, realizando así su misión santa. Su imperio se extiende por todo el mundo, regando de flores el camino de las almas, dándoles por templo la Iglesia, para que en ella realicen los ideales del *Amor* y la *Caridad*, base de la *Paz universal*.

¡Alegraos, pues, los que teneis hambre y sed de justicia!

¡Agrupaos en torno del Pontificado Romano, y no temais á las potestades que lo combaten!

La luz del día, no es más que obra de Dios, para salud y júbilo del universo.

La luz del Pontificado, es la luz de la *fraternidad*, cuyos altares son para que todos nos postremos ante ellos, á la voz unánime de «¡Gloria á Dios en las alturas y Paz á los hombres de buena voluntad!»

El eco de la cristiandad, es el eco de los corazones que aman lo bello y lo justo.

La Iglesia nos pide que unánimes digamos al amanecer, postrados ante la imagen del Redentor; *¡Gloria in excelsis Deo!* Y cuando resuene esa voz desde un polo al otro polo, nuestros males se habrán concluido, satisfechos de cumplir con un mandato expreso del Pontificado, que de Dios lo recibe, y en nombre de Dios nos lo trasmite, con una constancia jamás desmentida.

Seamos, pues, católicos de buena fé, y no lancemos el espíritu en la vorágine del escepticismo. La vida que tenemos toda se la debemos á Dios; el Pontificado nos aconseja que la empleemos en honra y gloria suya: nuestra felicidad, pues, consiste en acatar las disposiciones de la Iglesia, la cual se halla regida por el delegado de Dios en la tierra, bendiciéndonos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que sepamos vivir con honor y con amor, profesando el dogma del catolicismo, que es la base de la civilización. Pio IX, de feliz memoria, nos encareció la observancia de sus decisiones, y Leon XIII, es firme en sostenerla. En obsequio á su santa memoria, hemos compuesto la elegía, con la cual daremos fin á este humilde discurso preliminar.

Desengañense los que combaten el Pontificado, guiadas sus falsas premisas de doctrinas anti-so-

ciales. La *Cruz*, es el símbolo de la libertad, del *Progreso*, de la *Verdad*. Plantada con el martirio y las persecuciones de la incredulidad, sobre el Capitolio, sobre el Palatino, sobre el Janículo, sobre cada una de las siete colinas, no se verá caer jamás de allí. Uno de los más pobres discípulos de Jesús, fué á reemplazar al César sobre el trono de la ciudad imperial, y el Pontificado quedó instituido, para que á su benéfica sombra la humanidad pueda realizar todos los ideales de *Amor* y *Caridad*, única fuente de todas las virtudes políticas, científicas, filosóficas y sociales.

Por eso defendemos el Pontificado Romano, porque es casa de oración, y no cueva de ladrones.

Lo defendemos porque así nos lo inspira la convicción de que obedecemos á una idea santa y salvadora, que no porque no fuese aceptable para esos hombres, dejaría de ser bien vista de Dios.

Nuestro paso por el mundo, no hace falta que sea ruidoso: á la manera del de los taladores de pueblos inermes: basta que no destruya, basta que no moleste á nadie. Los corazones tiernos y agradecidos, sabrán comprender siempre lo que propende á la paz, lo que inculca fraternidad: los que son duros é ingratos, bastárales sus remordimientos, cuando cansados de mortificar y escandalizar á los buenos, vuelvan los ojos al cielo y vean con ellos, lo que antes despreciaban y escarnecían.

Amad, pues, la vía dolorosa, oh almas creyentes y humanitarias, y al insulto, responded con el silencio: oid, callad, y marchad de frente, sin inquietaros por

las palabras de los necios, de los altaneros, de los soberbios, de los audaces.

Agrupémonos todos en torno del Pontificado, y acatemos sus disposiciones, pues tienden directamente, sin ambages ni reticencias, á nuestra felicidad temporal y eterna.

No hay más remedio que acatar las disposiciones del Altísimo, si queremos conseguir la realización de nuestros ideales.

Los gobiernos y los pueblos, no podrán alcanzar el logro de sus esperanzas, si se apartan de la Iglesia católica, á la que cuidan y sostienen con el mayor fervor millares de fieles convencidos de que el altar, es la base de la civilización, y de que, si no existiera, no podría haber paz y concordia, digan lo que quieran los que equivocadamente creen que el Pontificado es la rémora del Progreso.

Busquemos el Progreso del espíritu, de preferencia al del cuerpo, que es un verdadero muladar, que ha de ser pisado, hollado y maltratado con el pisón del enterrador y acordándonos de Dios, antes de acordarnos del porvenir; porque al fin el porvenir es la eternidad.

Seamos puros y abnegados; todo lo que queramos y alcancemos, ofrezcámoselo al Delegado de Dios en la tierra, pues viendo nuestra generosidad, bendecirá y rogará por nosotros, al Eterno Padre. No seamos católicos por conveniencia, ni por darnos lustre en las puertas de los templos y en los palacios régios y aristocráticos; ni porque nos tengan así en más ó menos concepto de buenos y nobles de *pura sangre*.

Seamos católicos por convicción y por amor á las instituciones de la Iglesia; y de este modo será grato á Dios nuestro catolicismo, cumpliendo como debemos nuestra filiación religiosa, en los sagrados Anales de la civilización cristiana.

¿Quién manda más que el Espíritu Santo? Levante el dedo quien se considere con más poder, quien tenga más sabiduría. Las diversas manifestaciones del espíritu elevándose á la esfera de lo inmortal y eterno, demuestran con la mayor elocuencia, que de Dios nos viene todo lo que somos, y que tanto los gobiernos, como los pueblos, tienen el imprescindible deber de someterse al influjo religioso, que es la primera condición que necesitamos, para salvarnos. Los gobiernos, especialmente, se hallan obligados á manifestarse católicos, pues de esta forma no chocarán contra las rocas de la impopularidad, atento á que, obrando con justicia, nadie tendrá derecho á quejarse de sus abusos. La Religión, les enseñará á dirigirse por sendas de honor, de gloria, de verdad, consiguiendo así que los pueblos sean *ricos, felices y fraternales*.

Si las leyes humanas se acomodasen al espíritu de la Iglesia, que tiende constantemente á la felicidad de los pueblos, la sociedad presentaría en todas sus partes, un perfecto nivel. Esta suposición está demostrada por los resultados que ofrece su influencia, fuera de la cual los vicios y el despilfarro hacen sentir hondamente sus perniciosos efectos, desde las altas y bajas regiones del poder y de la sociedad. Puede, pues, deducirse de todas las grandezas de la

Religión, que sin ella se rinde culto á ídolos que la sanción vulgar endiosa, por el mero motivo de que deben fascinar á los ociosos, que corren tras de ellos, arrojándoles el oro á puñados, con el cual viven en la molicie, hasta que sus excesos y sus deudas, les hacen perder prestigio é intereses adquiridos con un trabajo insignificante, con engañosos y fraudulentos industrialismos.

El flujo y reflujo de las farsas humanas, se remueve á menudo; flujo y reflujo producido por la acción del descreimiento, que es el peor de los males, pero que nadie sin la acción religiosa, es capaz de contener. Estas oscilaciones de la impiedad, quiere el Pontificado extinguirlas, y por eso procura que no se rompa la *unidad religiosa*, de la cual tiene que resultar la suma de todas las unidades, para que la civilización se extienda de polo á polo y cese la guerra, contraria á las leyes de conservación.

El Pontificado tiene alzada bandera de Paz para todo el mundo; y la voz del Pontífice, es eco de la voz de Dios, á cuyo influjo todo corazón se rinde humillado y reverente.

La conciencia religiosa y la conciencia profana: hé aquí los dos polos en que gira el espíritu de la desgraciada humanidad: pobre peregrina en el erial del mundo, no sabe á punto fijo á qué extremo inclinarse para ser feliz. Pero nuestra Santa Madre la Iglesia, deseando colocarnos en el centro de gravedad de la paz del alma, llama á nuestra conciencia y le fija el derrotero que debe seguir en el proceloso mar de las pasiones.

La conciencia profana es una conciencia elástica y acomodaticia, que se lisonjea con la despreocupación más absoluta, en punto á religión y moralidad, negando la penitencia y castigos de la otra vida, y mofándose de las prácticas católicas, creyendo que son una pura farsa, para engañar á los espíritus débiles.

La conciencia profana niega los sacramentos, que es la gracia *habitual*, que también se llama *justificante* ó *santificante*. (*Est. habitus supernaturalis constitutuens hominem justum, sanctum, et heredem gloria.*)

Niegan los profanos esta gracia, que es la mayor gloria, riqueza y honor á que podemos aspirar; la gracia, cualidad sobrenatural que en el alma se recibe, haciéndose por ella *santa, justa, querida de Dios*, y por consecuencia *heredera de su gloria*.

Los profanos carecen de esta gracia, no admitiendo que los sacramentos de la nueva Ley la causen por su institución; gracia que es *opere operato*, ó sea por su intrínseca virtud, dimanada de la Pasión de Cristo y sus méritos; beneficio espiritual; gracia, por último que se confiere á cuantos la reciben dignamente, ó que á ella no oponen obstáculo.

La conciencia es un grito incesante de reprobación contra el mal, una regla próxima é inmediata de nuestras humanas acciones (*quasi cordis á scientia*): el juicio práctico del entendimiento. Podemos tener *sindéres* (juicio recto) que dicta los principios morales universales; pero la conciencia se consagra á hacer las conclusiones particulares que se deducen de

aquellos principios salvadores. La conciencia recta es *preceptiva* y *consiliativa*. La primera, impone obligación (*per modum precepti*); y la *consiliativa* (*per modum consilii*) no impone ninguna obligación, de lo que se deduce, que no es de obligación observar lo que la conciencia consiliante dicta, por más que se considere bueno. Hay conciencia errónea que parte del error *vencible* é *invencible*; y el primero es el que no se corrige, por no presentarse razón de dudar ó persona que nos saque de él; y el segundo es, el que fácilmente puede vencerse porque oscila entre la duda de si será ó nó lícito sofocarlo. Y puesto que muchos conocen que es error negar la Iglesia, y no se presentan á ella, éstos obran por malicia y sospecha, puesto que aquellos que la desconocen y no pueden discurrir sobre sus actos, tan pronto como se les advierte, admiten la gracia de los Sacramentos y se convierten al catolicismo, luz y fuente de toda verdad.

Pero á unos y á otros les rogamos que no duden de la grandeza del Pontificado, y que obren como católicos *rectos*, con la *Fé*, la *Esperanza*, y la *Caridad* que prescribe tan alto poder, con lo cual conseguirán la salvación de su alma y la paz de la misma, en esta deleznable vida.

Conciencia religiosa, pues, es lo que se necesita, para armonizar y unificar las voluntades, que es la aspiración del Pontificado; aspiración la más grande, la más sublime de todas las aspiraciones.

La conciencia profana, obra por conveniencia; consulta primero el regalo del cuerpo, que la virtud del alma; y en suma, busca antes el *alma del negocio*,

que el *negocio del alma*; quiere letras de cambio, y no cambio de costumbres, depurándose de sus faltas en el Tribunal de la Penitencia, que es el más justo y necesario.

La Religión de los que así piensan, está de lábios afuera, y no en el espíritu: tienen buen cuidado de no pasar por impíos, fingiendo que sienten; pero sintiendo solamente no poder conseguir el logro de sus devaneos y miserables pensamientos.

El Pontificado los reprueba; la Iglesia los acusa; pero no les rechaza, pues quiere salvarlos iluminándolos.

¡Campo, pues, al Pontificado Romano!

¡Paso, pues, á la Iglesia Católica!

A manera que vamos penetrando en los arcanos de la Religión, una luz de indescriptible belleza nos inunda de un consuelo inefable, que nos impulsa á la realización de obras sorprendentes, considerándonos con ingénio suficiente para llevarlas á cabo, sin coacción ni violencia alguna que pueda impedirnoslo.

Tiene la Fé, este poder inmenso; y si no fuésemos verdaderos católicos, ella no nos iluminaría con tanta gracia, pues hallándonos faltos de unción creyente, no podría compenetrarnos y entusiasmarlos, hasta darnos verdadera sabiduría.

Los sábios que no profesan el catolicismo, son sábios incompletos, porque no sienten las fruiciones que resultan de la fé de Cristo.

No basta que sepamos muchas ciencias, que resolvamos con sorprendente facilidad problemas de in-

trincado laberinto: necesitamos ser científicos con el catolicismo, pues la Religión de la verdad es la que enseña la Iglesia, firme y consecuente con las disposiciones del Soberano Pontífice, cuyas luces son verdaderos avisos de Dios, para la felicidad del género humano.

¿Creeis en los Sacramentos?

Pues no podeis creer en el libre-cultismo, ni en la filosofía anti-católica.

¿Creeis en la Iglesia?

Pues no podeis vivir fuera de ella, sopena de perderos.

¿Quereis reformas políticas y sociales?

Pues no las conseguireis, si atacais á la Iglesia y os divorciais de la fé católica.

Nada podeis argüir contra los fundamentos religiosos, aunque apeleis á todas las argucias de la filosofía sensual, en cuyos oscuros ántros sólo se encuentran las tinieblas que entenebrecen el espíritu.

Con la historia de las más horribles tiranías, abrigadas por el espíritu maléfico de la impiedad, los pueblos han sido víctimas de atropellos inauditos, respirando la más espantosa irreligión.

La ciencia de la Iglesia quiere que el hombre, conocedor de su grandeza física, moral é intelectual, no claudique con los vicios, y sepa distribuir con equidad el fruto de su trabajo, sin convertirse en explotador y verdugo de sus semejantes.

Obligado está el Pontificado á iluminarnos, para que sepamos vivir como hijos humildes de tan amorosa paternidad.

El Pontificado Romano llama á sí á todos los que creen en que Dios nos dá la vida, y Él Es el que Es, y Fué y Será: *Ego sum qui sum*. Quiere que nos prosternemos ante el Grande Ordenador, que le busquemos, y que todo lo que somos, lo consideremos propiedad suya, como suyo es el aire, la luz, el calor, el rocío, las lluvias, con cuyos elementos nos sostenemos y vivimos.

Las riquezas del alma son las únicas riquezas que no pueden perderse, que no pueden perjudicarnos jamás.

Y como la aspiración más palpable y característica del catolicismo, es la salvación de las almas, de aquí que todos sus trabajos y operaciones lleven el sello de la Divinidad.

Y por eso el Pontificado desea que tanto los sacerdotes, como los seglares, seamos humildes y mansos de corazón, honestos y recatados, sin dejarnos vencer por los honores y riquezas mundanas, pues mejores que ellas son las del alma.

Duro se nos hace creer que Dios nos ha dado una cruz que llevar sobre nuestro cuerpo y nuestro espíritu, seamos nobles y acomodados, ó seamos, como vulgarmente se dice, pobres y plebeyos. De todos modos, si pecásemos, para unos y otros *la Penitencia* será tasada y regulada segun sea la gravedad y multitud de nuestras culpas. Para unos y otros *la Penitencia* no tiene más excepciones, sino que á los ricos se les puede imponer que lo que pudieran gastar en vanidades, lo conviertan en obras de piedad, humillando su fausto, para que penetre en ellos

amor, dulzura y respeto á los que parecen tener en menos, por considerarlos de más baja esfera.

El Pontificado es opuesto á las blasfemias, ódios, injusticias, calumnias, fraudes, perjurios y demás excesos, y aconseja que vivamos en paz con todos nuestros semejantes, sin ofenderles ni despreciarles.

Nos dice asimismo, que nuestras aflicciones y contrariedades nacen de dos fuentes; ó de los pecados (faltas más ó menos graves) que hubiésemos cometido, ó de las pruebas porque Dios quiere hacer pasar nuestra virtud, para ver si somos capaces de sostenerla heróicos y triunfantes, á pesar de nuestras adversidades. Quiere Dios que seamos fuertes y animosos para defendernos contra los vicios; y cuanto más nos ama, á mayores pruebas nos sujeta. Los grandes del mundo consideran abandono y puerilidad, no aceptar honores y grandezas, aunque nos cueste degradarnos. Todo anunciante de obras estupidas, contrarias á la dignidad científica y á la moral social, no se preocupa de la vergüenza por que pasa, del pecado que comete, ofuscado como está con su codicia. Por otra parte, la tolerancia censurable de las autoridades y la estolidez del público, que se deja llevar de grandes mentiras, contribuye á impedirle á su degradación, viendo en ello su medro personal y su fortuna.

En otros asuntos, tambien vemos que el alma del negocio preocupa á gran parte de los hombres, mirando con desprecio la necesidad y efectos del Sacramento de la Penitencia. El dolor de la confesión y la

satisfacción *in voto* de tan grandioso sacramento, es para ellos *mimia* y *hojarasca*. ¡Desgaciados! Ignoran que sin el sacramento de la penitencia, *in sé*, ó por lo menos, *in voto*, no es posible salvarse, que es el gran *negocio del alma*, á que la Iglesia no compele.

Sí, á todas horas, á todos los minutos, es necesario pensar en él, (*necessitate medii*), si hemos de alcanzar la salvación.

Este precepto divino (*Quorum remisertis peccata*), es el portentoso y eficazísimo bálsamo que puede curar todas las llagas sociales, evitar conflictos entre ricos y pobres, entre capitalistas y trabajadores, entre súbditos y gobiernos; digan lo que quieran en contrario los difamadores de la Iglesia y los seides de las utopías candentes, que producen con frecuencia males sin cuento, en cuyo fondo se halla el *hambre* y la *desnudez*, perversamente aprovechadas, por hombres dignos de compasión; pero que no saben medir el peligro que provocan, empleando en vez de donativos y consejos religiosos, excitaciones de venganza, cuya historia está llena de lágrimas.

La guerra que es preciso hacer, es la de la *instrucción*, contra la *ignorancia*, para destruir el egoísmo, único móvil de las coacciones y violencias de los fuertes contra los débiles. Si el que logra subir á un alto puesto y á gozar de fortuna, tuviese verdadero dolor de sus culpas, haciendo con la confesión propósito firme y constante de nunca jamás volverlos á cometer, su influencia en la sociedad sería como la lluvia del rocío, sobre las flores de la mañana. Con el ejercicio de obras pías, iría ganando la voluntad de

los pobres, y éstos á su vez se complacerían en ser buenos y laboriosos. Pero es notorio, que de unos y otros (ricos y pobres, grandes y chicos), son pocos los que cumplen el sacramento de la *Penitencia*, dando rienda suelta al *Excepticismo*, y considerando supérfluos los Mandamientos de Dios ó de la Iglesia. De lo cual se sigue que la *Fraternidad*, la *Iguadad* y la *Libertad* de la política que pide el *Gobierno del pueblo para el pueblo*, andan por el mundo completamente desairadas, porque faltando *Amor* y *Caridad*, no puede haber más que *Tiranía arriba y abajo*; fiebre de mando y de goces, soberbia y altanería; *Pasión* y *Locura* por los adornos exteriores, y *Desprecio* y *Burla* contra la *Humildad* y *Sencillez*.

El Pontificado lleva por norma de su conducta el *Negocio del Alma*, y sus enemigos llevan por norma de la suya, *el Alma del Negocio*.

El que quiere el *Negocio del Alma*, se entusiasma y satisface más con la frase del confesor, *Absolvo te, ego te absolvo*, que con la del corruptor, que dice: *Cada uno para sí: no tienes más Juez que tu Pasión soberana*.

El confesor, con *bondad*, *ciencia*, *prudencia*, *fortaleza* y *sigilo*, nos induce á *salvar el alma*, porque el Alma es la verdadera vida, y de ella debemos ser tan cuidadosos, que nadie ni nada pueda impedirnos que la cuidemos de preferencia á todo, no esperando la última hora para hacer disposiciones testamentarias, creyendo que con palinodias *in extremis*, se neutralizan vergonzosos industrialismos y rapiñas.

Considerando lo que Jesucristo padeció por salvarnos el Alma (*negocio del Alma*), comprenderemos lo que vale la abnegación, y admiraremos á los que con ella y su poderoso ingénio llevan á cabo obras útiles para el progreso de la humanidad. De suerte que si referimos al Pontificado lo que más nos conviene, que es el *Negocio del Alma*, abandonaremos el *Alma del Negocio*, que es el emblema del *egoismo*, cuyo vicio sostiene el litigio entre extremos opuestos de la sociedad, debiendo ser todo lo contrario, pues el *Negocio del Alma*, con la *Caridad* y *Amor* que la Iglesia defiende, es raudal inextinguible de auxilios y socorros, de consuelos y ternuras: nivela sin descoyuntar, iguala sin desgarrar, y á cada uno le dá lo suyo, haciéndonos á todos copartícipes de los bienes del trabajo, bendecidos por el padre comun de todos los verdaderos cristianos.

Las vanas ilusiones que abriga el hombre, persuadido de que vale más que otros, prodúcenle siempre tristes y funestos desengaños, cuando toca las consecuencias de su terquedad.

Crean esos hombres, enfatuados con sus pretendidas preeminencias, que nadie puede hacerles frente; llevando su insensatez al extremo de hacer pública gala de su estolidez, apostrofando de *Adanes* y *Perdidos*, á los que llevan muy alta y erguida la frente, sin rebajarse á actos indecorosos, indignos de toda persona que estima su reputación más que los honores y riquezas del mundo.

Pasan por hombres de mérito, muy juiciosos y formales, notabilidades de campanario, que no tienen

ni un átomo de talento, ni un comino de instrucción. Todo su saber es pura *mimia* y *hojarasca*, y nunca podrán conseguir la nombradía que corresponde á otra mejor clase de personas, contentas y felices, porque no perjudican á nadie.

El mundo está lleno de comerciantes de ideas, de industriales de mal género, y por eso existen tantos males, que al fin de la jornada de su vida con ellos no se van, así como sus riquezas, aquí quedan, disfrutándolas muchas veces personas indignas y miserables, que les estaban deseando la muerte para disiparlas. Por eso el Pontificado combate lo que es mal adquirido, aconsejándonos que tengamos fé para vivir en guardia contra la avaricia, sufriendo nuestras penas con calma, y no cayendo en la sima del *Alma del Negocio*, que es el bello ideal de los que no piensan en otra cosa.

Las relaciones establecidas por Jesucristo entre el cielo y el Pontificado Romano, no pueden jamás entibiarse, ni mucho menos desaparecer, porque si es verdad que el Eterno Padre envió á su amado Unigénito para reconciliar al hombre con su Creador, de aquí se sigue la inviolabilidad de las leyes de la Iglesia, basadas en principios fijos é imperecederos, cuya existencia se halla sostenida por el dedo inexcrutable del que todo lo puede, y cuya potestad no tiene rival.

Nadie puede negar que es congénita en el hombre la libertad de pensar; pero no puede ser tan ilimitada, que se parezca á las grandes avenidas de los rios, pues sabido es el estrago de los torrentes furio-

sos, que en ocasiones cubren de luto á pueblos y naciones.

Los pseudo-filósofos sostienen el imperio absoluto del pensamiento; pero los que profundizan los arcanos de la idea, recomiendan que se respete la equidad y la justicia, y que las funciones del entendimiento deben tener por punto de partida la verdad, y que la ley de Dios debe ser el centro á donde deban dirigirse las leyes de la voluntad.

El hombre no puede opinar segun aconsejan los sofistas.

Cada hombre tiene su modo de pensar, batallando porque sus opiniones sean las dominantes.

El libre pensamiento, pues, no estriba en la libertad ilimitada de publicar cada uno sus ideas, pues en este caso, el ateo y el impío, atizarían el fuego destructor de la sedición; el lascivo derramaría el veneno de su corazón corrompido; el vengativo y cáustico, se ensañaría del modo más cruel en todo lo que odiare; y todos los vicios y malas inclinaciones llevarían alzada su bandera de disolución social, soberbios y amenazantes.

La libertad de pensar debe tener por freno la rectitud de las leyes y la revelación.

La religión así lo determina, por no hallarse en contradicción con la ciencia, pues cuando Dios habla, la razón enmudece, y debe someterse al suave yugo de la fé. La ciencia de Dios no es Deísmo, ni Panteísmo, ni orgullo y altanería. ¿Quién puede eclipsar el esplendor que brilla en la cumbre de la fé? ¿Puede ser ciencia el estilo mordáz y satírico de

los libre-pensadores? ¿Pueden ellos ostentar la luz de la fé, sumidos como se hallan en el error?

La fé no puede induciros á error, pues se asocia á la exactitud y combinación de los pensamientos más delicados que huyen de flaquezas (*Signatum est super nos lumem vultus tui, Domine. Psalm. 4.º, versículo 7.*)

Entendemos nosotros, por lo tanto, que la razón debe ser una emanación de la verdad misma, luz sin sombra, sol que no puede ponerse; y finalmente, la expresión genuina de la verdad revelada, única que no admite conjeturas.

Enseña la Iglesia la benignidad, la mansedumbre y la paciencia; pero los que sólo aspiran á los bienes terrenales, no se conforman con la observancia de estas virtudes.

Los que en ellas nos apoyamos, sometemos la razón al influjo de la fé, y con ella vamos derechos á la dilucidación de los problemas sociales, aconsejando á todos generosidad, caridad y justicia.

No buscamos grandezas que graviten sobre el sufrimiento de nadie, ni honores que nos deslumbren; queremos solamente el triunfo de la Religión, pues con ella por norte y guía de nuestros actos, nadie puede delinquir.

Los que buscan una libertad soñada, dando alas ilimitadas al pensamiento, no saben que los incautos solamente pueden seguirles, sometiéndose á un poder arbitrario y despótico, cual es el de la razón ensoberbecida.

Con decir que la Religión es *hipocresía*, *supersti-*

*ción y fanatismo*, no se dice nada: ¿cuál será la Religión de los que no tienen ninguna? Si para ser hombre civilizado, no es necesaria la Religión, ¿cómo podrá afirmarse el principio de autoridad?

Porque siendo la Religión la fuerza de las naciones, justo es que la Iglesia tenga una jurisdicción temporal, que en vano quisieron ver abolida los herejes Dolcino, Arnaldo de Brescia y sus discípulos los Albigenses, los Baldenses, los Wiclefistas, Juan Huss y Jerónimo de Praga.

La Religión no destruye nada; edifica.

La Religión nos enseña á pensar con elevado criterio, á admirar al sábio, á respetar los bienes de la Iglesia, pues el sacerdote tiene que mantenerse del altar, que debe sostener con decoro, atento á que el mismo Dios exigió de Moisés y de Salomón, la mayor suntuosidad y decoro en sus sacrificios. ¿Se le echa en cara á nadie el vivir con lujo, si éste no es producto de infames especulaciones? ¿Por qué se consideran ilegales los bienes del clero? ¿Por qué pensais que no es sagrada la casa del Señor?

¿Cómo no os estremeceis al recordar que todos los perseguidores de la Iglesia han concluido mal? ¿Perjudican al Estado los bienes de la Iglesia? Y si se trata de Monasterios, ¿quiénes sino los monjes cultivaron páramos, bosques, tierras muertas, lagunas, pantanos y eriales abandonados, donde sólo podían habitar las fieras?

¿Cuántas lagunas existen aún sin desaguar, cuántos pantanos sin desecar; cuántos terrenos baldíos, en fin, que podían ser pueblos y ciudades!

Bosques y montes numerosos tienen Cuba, Santo Domingo, Haití y otros puntos de la misma España. Las Pampas de Buenos-Aires, Patagonia y otros terrenos incultos, ¿quiénes mejor los pondrían en labor que los monjes, si no fueran ridiculizados y perseguidos por los partidarios de la pseudo-filosofía?

Y toda tierra por cristianizar, ¿quiénes como los monjes podrían hacerla utilizada? El altar consagrado al Señor Sacramentado, es el plantél de la civilización. Donde la *Oración* y la *Penitencia* se practican, las costumbres bárbaras se suavizan, la moral se afirma, la ciencia se entroniza. No ha de ser con ruidosas batallas, que se ha de civilizar, que se ha de atraer. La cruz y el libro principalmente, son el baluarte inexpugnable de la civilización.

Los poderosos que tienen vicios, dan ejemplos funestos á la sociedad. Si empleasen sus tesoros con equidad y justicia, basados en las doctrinas economicistas, serían más dignos de respeto y consideración. El trabajador, no debe odiar al capitalista, que estará defendido por su trabajo, que tanto enaltece al que en él funda su gerarquía, y el mejor amigo y sostenedor de su principal.

Ved aquí los bienes que resultan de la práctica de la Religión, con cuyo amparo, porque es el mejor de todos, se atenuarán los males de todo género, estableciéndose el reinado de la Justicia.

¿Qué Religión, qué moral, qué progreso mejor quieren los libre-pensadores? Si se trata de la literatura, ¿admitirán la que usan los realistas, los románticos á la violeta? Y si del teatro, ¿estarán por el que

espeluzna y hace ver las miserias del adulterio y de la seducción? El carácter sério y enérgico de la literatura moralizadora y religiosa, inspira amor á lo bello y á lo justo, aparta de los malos caminos, dá fuerzas para resistir al mal, y concurre á fomentar los conocimientos de todo género, que no perjudiquen á la tranquilidad del espíritu y á la armonía de la sociedad.

Los *libre-pensadores* llaman *fanáticos* á los católicos, porque combaten la hinchazón y fausto de la filosofía sensual y la vana ostentación de sus oradores y políticos. Nosotros defendemos la Religión de Jesucristo Crucificado y las consecuencias lógicas de sus principios indestructibles. Seamos, pues, *hipócritas, supersticiosos y fanáticos* con la Iglesia, y rujan sobre nuestra cabeza los Aquilones.

Prueben los *libre-pensadores* que la Iglesia es perjudicial, con razones obvias y concluyentes, pues bien saben que el fuego de San Telmo, no es la estrella Polar.

Prueben que se puede prescindir de la Religión para vivir ordenadamente, y entonces diremos que son los maestros de la verdad.

Pero no lo podrían probar, aunque quisieran: la Religión *revelada*, y no las otras, que son falsas é insostenibles, es la base de todo progreso y de todo conocimiento útil y provechoso.

Cuestión seria, por demás, es la defensa de la Iglesia, y cuya cabeza visible es el Soberano Pontífice.

Los que no creen en las verdades que enseña la Iglesia católica, viven en perpétua lucha con toda

clase de dudas, con el corazón vacío de felicidad y ajenos á todo goce espiritual. Van en p6s de bienes deleznales, y no encuentran ni vislumbre de lo que apetecen, por m6s que á muchos les sonria la fortuna. La 6nica compensaci6n que hallan á sus delirios, es el aplauso de los n6cios 6 insensatos, d6biles 6 ignorantes, que por oir denostar á la Religi6n, propalan las m6s absurdas acusaciones contra el clero, burl6ndose de sus ense1anzas sacr6legamente, motej6ndolas y escarneci6ndolas.

Es necesario, por lo tanto, alzar la voz contra la propaganda anti-religiosa, demostrando que todos los males que aflijen á la sociedad, proceden de su impostura, que infiltr6ndose en los corazones no afirmados en la f6, los induce al mal, aconsej6ndoles que vivan con arreglo á sus instintos, sin temor á Dios, cuya existencia niegan, con arreglo á la doctrina revelada y ense1ada por la Iglesia.

Al penetrar en los arcanos de la calumnia, se siente un pavor inmenso, que cubre de luto el alma, sin poder evitar que se entristezca, al pensar en la suerte de los que se dejan arrastrar de infucos consejos.

La calumnia de los imp6s va enmascarada con el ropaje de una dial6ctica artificiosa, y no es posible aguantarla, porque perturba hondamente los 6nimos, llev6ndolos insensiblemente á la sima de la perdici6n. ¡Cu6ntas veces los que se dejan engañar conocen la oscuridad á que se les lleva, y retroceden con espanto! Mas al llegar al dintel de su calabozo, temen malquistarse con sus seductores, y vuelven á la misma oscuridad, en la que se consumen y pere-

cen. ¡Desgraciados! Sienten entregarse nuevamente á las torturas de las tinieblas, y sin embargo, no tienen valor para abandonarlas.

Rogamos á los que en tal situación se encuentran, que se armen de energía y salten la barrera de su prisión, buscando la luz de la Iglesia, y de este modo lograrán la tranquilidad de su lacerado corazón.

A los que tienen estro poético y saben escribir, les rogamos también que empleen sus buenas dotes en defender la Religión, haciendo ver las ventajas que ofrece á los que buscan sus auxilios y consuelos.

Antes religiosos que negociantes: antes el negocio del alma, que el alma del negocio, es lo que necesitamos para vivir en paz y salvarnos.

No basta decir tampoco que creemos en Jesucristo, ni que asistamos á misa, ni que demostremos exteriormente religiosidad. Es necesario también que obremos con honor y nobleza; que seamos bondadosos, afables y caritativos; que perdonemos las injurias y seamos agradecidos á los beneficios que se nos hagan.

Toda flor, toda planta, todo árbol, realiza un ideal de espléndida vegetación. El ave trina dulcemente, y alaba con sus trinos al Hacedor; el río murmura con dulzura, y extiende sus mansas corrientes por aljofaradas praderas, dando vigor á las producciones que las embellecen; pero el hombre, ingrato con su Creador, se revela contra la Iglesia, combate sus enseñanzas y lanza su espíritu en el caos tormentoso de la negra duda.

El filósofo, el poeta, el artista, el labrador, el pes-

cador, todos pueden concurrir á la obra de la armonía social, si emplean el tiempo religiosamente, practicando con honra sus respectivas tareas, con la fè por norma de sus acciones.

Pero si por el contrario, se imbuyen en teorías absurdas y anti-religiosas, esperando felicidad del triunfo del sensualismo, caerán en la sima del error, y no lograrán ni un átomo de lo que pretenden.

Sólo en la Iglesia se halla el complemento directo de la posible felicidad. Ella nos comunica gracia para rechazar el mal, y nos hace ricos y poderosos, con la ternura y el amor de Jesucristo.

Muchos de los que defienden la Religión, han podido ser catedráticos, diputados, gobernadores, senadores, ministros, etc.; y no han querido serlo, por no adaptarse á ideas contrarias á la Religión.

Han conocido que para aceptar esas preeminencias, tenían que cohonestar con prescripciones anti-religiosas, y han preferido quedarse casi oscurecidos, viviendo independientes, y llevando resignados la cruz del indiferentismo, para ellos cruz gloriosa, porque algo se debe padecer, para corroborar que somos cristianos. ¿Qué dirá de mí el Autor de la Naturaleza, cuando mi cuerpo resucite en el Valle de Josafat? ¿A dónde me destinará? Hé aquí lo que me pregunto á cada instante, y lo que me hace pensar en la regla de mi conducta. Yo, gusano miserable, achacoso, triste, desvalido, ¿qué méritos tengo para que Dios me mire con buenos ojos? Soy pecador misérrimo; tengo que luchar con mi organismo; me veo cercado de incrédulos, y no puedo considerarme de

bronce, para no caer en el error alguna vez. Pero la fé religiosa, el sentimiento de la virtud, que me hace amar lo bello y lo justo, me tiene en contínua vigilia contra el mal, y esto hace que mi pluma trace estos humildes caractéres.

A vosotros los que comprendéis cuán sublime es *sufrir, trabajar y esperar*, va dirigido este suspiro que mi alma exhala, ambicionando á ser para y perfecta, y á encontrar auxilio en el Reino de los Cielos. Si con vosotros *siento, pienso y quiero*, es porque no dudo que me ayudareis á trabajar por la salvación de las almas; correspondiendo así al favor que os ha concedido la Providencia.

Artistas y poetas, sacerdotes de la inspiración, gracias demos á Dios, porque nos ha comunicado el dón precioso de saber expresar la verdad con elegancia, belleza y galanura, y no empleemos nuestras dotes en corromper á la sociedad.

Huyamos del camino del mal, y sepamos ser dignos de las bendiciones del cielo.

Quien dijo que era necesario aprovechar el talento para adquirir honores y riquezas; no comprendió lo que vale: el talento es una gracia divina, que brota perlas de virtud, para engastarlas en la corona de los mártires. La sociedad tiene defensores, y esos son los mártires, los héroes, á quienes el talento glorifica. No les robemos, pues, lo que realmente merecen, y dejémosles obrar con firmeza y espontaneidad, predicando la palabra divina.

Los ministros del Señor merecen que los poetas y los artistas los glorifiquen.

Ellos, con sus enseñanzas, pueden salvar la sociedad de las cadenas de la esclavitud del error; pero si se les desprecia, perderán la energía que para luchar se necesita, y temiendo ser destruidos, tendrán que arrostrar la ira de sus perseguidores.

¡Señor, vos que leéis en el corazón de los hombres, y sabeis los diversos caminos por donde marchan, dignáos inclinarlos al bien, y levantar al caído del lecho de su perdición!

Los que tienen valor para luchar, vos sabeis que no ceden, por duro que sea su tormento. Mas sin vuestro auxilio, ¿qué potestad no puede derrumbarse?

La soberbia humana es muy grande, y los que tienen algun favor que les engrandece, suelen ser los que más despotizan. Por eso sin humildad, todo talento, toda preeminencia, son solamente vanidad y aflicción del espíritu.

Las estrellas que fulguran en el firmamento, son para los cristianos ojos que nos miran, de los cuales caen á nuestro paso facetas de diamantes celestiales.

El aroma de las flores viene á reanimar nuestras fuerzas, despues de las fatigas del trabajo. Tú, flor que ostentas tus aterciopelados pétalos en corolas de oro matizado de los colores del iris, ¿no has sentido alguna vez lágrima pura de elevado anhelo religioso? Aquella lágrima que brotó de un corazón poético y sentimental, fué como homenaje de un amor divino, inspirado por las obras de Dios, en el edén de la felicidad. Allí, donde las aves elevan sus arpegios al

trono de Dios; allí donde el céfiro susurra dulcemente en las hojas de la madre selva y la pasionaria, allí existe la armonía que las almas buscan en el sendero de la vida.

Dijeron los incrédulos, que la Religión ahogaba el sentimiento poético, para que no se arrojara ante las bellezas del Edén; para que no amásemos la naturaleza, no porque fuese obra casual, sino porque brotó con la palabra del que todo lo puede, y nadie puede imitarlo; para que no tuviésemos por cosa insignificante todo lo que no lleva el sello de la fé; para que no tuviésemos la dicha de llamarnos todos hermanos en el festín de la Iglesia.

¡Desgraciada sociedad, bajo la férula de los incrédulos.

Para nosotros, el desprecio, porque creemos, amamos y perdonamos; para ellos, el respeto, la elevación; porque odian, porque no perdonan, porque sólo á sí mismos se aman. ¡Oh furor del egoísmo! ¡Oh grosero positivismo de los goces!

Van por la pendiente rápida de sus errores los que en él viven sumergidos, y no precaben que pueden perecer en su marcha incierta, yendo á caer en la perdición eterna. Todos los que por este camino marchan, no pueden lograr la dicha que á los mansos de corazón les está reservada.

Las palomas de los valles duermen con una tranquilidad envidiable. Las hojas de los árboles apenas se mueven con el suspiro de las áuras, y el dulce y melancólico murmullo del agua que las fuentes dejan caer en rápido y bullidor descenso, nos extasía.

El alma del justo, recogida en sus delicados pliegues, como hoja aterciopelada de pudorosa sensitiva, sólo aspira á la posesión beatífica, y por eso el mundo no le ofrece más que aficción y llanto; nadie la comprende, y pasa por la tierra como peregrino sin hogar.

Su mayor deleite consiste en la *Oración* y la *Penitencia*, en cuyas fuentes halla el agua pura y cristalina que refresca su abrasado pecho.

No piensa mal de nadie, y á nadie odia, y por eso todos la mortifican, achacándole abandono de las cosas terrenales y percederas.

Todo olvido de los deberes religiosos, es motivo de remordimiento para el alma del justo. La delicadeza de sus sentimientos no le permite olvidar las faltas que comete, por insignificantes que á otros parezcan. ¡Oh amor divino! Tu elevación es tan grande, que no puedes existir en el cuerpo pecaminoso; apenándote no poder existir sólo con toda la sublimidad de tu grandeza.

Por eso el mundo no es la mansión de los justos; por eso buscan otra más bella, donde puedan vivir con toda la pureza de los ángeles.

Y el mundo, sin embargo, afea á los que quieren vivir en estado religioso, por no mancharse con el légamo del vicio. Y sin embargo, el estado religioso subsistirá mientras haya mundo, para edificación y ejemplo de los libertinos.

Vivir en religión permanente, es vivir en perfección. Si todos nos compenetrásemos de esta verdad, formaríamos un *comunismo cristiano*, y nos conduciríamos santamente.

Pugnemos por la perfección espiritual los que tenemos facilidad de hacer públicas las excelencias religiosas, y no cedamos nunca ante censuras y calumnias, pues la mejor verdad es aquella que se dice por amor á los hombres.

Pasa el tiempo velozmente, y nuestras quimeras mundanales nos separan del camino de la virtud.

El espíritu religioso, informando una educación culta y morigerada, nos hace comprender la grandeza de Dios.

El hombre vive en soledad sombría, faltándole el sentimiento religioso. En su pecho tiene un espectro, un verdugo, y á todas horas camina por sendas oscuras, lleno de cobarde estupor.

Por el contrario, si la fé le anima y la esperanza le sonríe, lleva la cabeza coronada de poesía, viendo brillar junto á sí la verdad.

El gérmen de la vida se halla en lo infinito.

Desde allí brota la fuente de la Eternidad moléculas del cielo, que en la luz aparecen, no como cirios tristes, sino como gigantes globos diamantinos.

La Religión es plácido murmullo de felicidad.

La impiedad es bramido inquieto de la mar del desencanto.

El creyente bendice á Dios á todas horas, y le llama tres veces Santo, le bendice y le teme.

¿Qué es el hombre irreligioso? ¿Qué afán le gufa? ¿Qué busca en las nubes agoreras de la incredulidad?

¿Quién hará bello y terso el pliegue pavoroso de su frente?

¿Por qué esa eterna duda en su alma?

¡Ah! llama él visionario al que ama, al que avanza en la virtud, al que busca auroras de fraternidad, al que busca en el Oriente el ástro de amor y la caridad, al que busca por tipo de mansedumbre al hijo de Dios muerto en el Calvario.

¿Qué tienen que encontrar la injusticia y la venganza en el camino de la desesperación?

Llega la noche con sus sombras melancólicas, muda depositaria de los ecos del dolor.

En el fondo del alma del creyente hay una perla escondida, una concha que parece ignorada, que la fé hace visibles ante el ángel de la misericordia.

¡Cuántas lágrimas vierte el creyente que no encuentra almas amigas que le comprendan!

Parécele que no habrá para él ni una luz en la tierra, ni en el cielo una estrella.

Pero la fé le dá celajes espléndidos y matinales auroras, y sus penas se desvanecen.

Lucha de día, con el pensamiento fijo siempre en la virtud.

¡Con qué placer espera el silencio de la noche, para meditar y pensar en el futuro de la salvación!

De día los rayos del sol pueden á veces parecerle efímeros, las flores místicas; pero un secreto impulso le inspira una resignación tranquila, preparándole el silencio que existe en el santuario nocturno.

Así yo también, llevando la cruz del cansancio y de las penas de día, recojo algún santo fulgor del ástro rey, lo inclino en el ánfora de mi creencia; y al sentir el inefable consuelo de verme sólo, exclamó:

¡oh noche! ¡bendita seas! Dios lleva á sus hijos en el mundo por sendas que á la dicha alcanzan.

Todo suspiro, arrancado del corazón del creyente, es himno que se convierte en gratitud hácia el Creador.

Ven, pues, dulce noche amiga, que yo cruzo la senda del dolor ansiándote.

De noche mis ojos son ríos de lágrimas, que me hace verter la pena de no poder alcanzar una perfección impecable. La bendita luz que de día recojo en el ánfora de mi dolor, se mezcla majestuosa con la de la solitaria lámpara de mi retiro, permitiéndome contemplar la imagen de la perinclita reina de los cielos.

Cada rayo de aquella luz se convierte en gota de reposo, cuando me entrego al pasajero sueño de esas horas. El Rosario que fué de mi padre, duerme conmigo al cuello, y cada cuenta me parece un consejo aliviado en ellas, para que no me aparte jamás del sendero de la virtud.

Pero el mundo camina recto á su perdición. El honor vano y la riqueza efímera, forman el ideal de sus delirios.

La cuestion palpitante es el *tanto por ciento*.

Vivir cada uno para sí. Hé aquí la máxima triunfante.

Por eso es necesario blindarse contra la maldad, y hacerse superior á los audaces, para no sufrir las acometidas de su atrevimiento, que no dejan nunca, creyéndose superiores á todos los que tienen educación y temor á Dios.

Se necesita un olvido completo de los deberes religiosos, para lanzarse á negocios reprobados por la moral y condenados explícitamente por la Iglesia, salvaguardia de las virtudes que enaltecen y dignifican.

¡Ay! ¡cuántas veces el hombre religioso y temeroso de Dios, por consiguiente, ve resplandecer el alba de una recompensa, en el Oriente que baña el templado azul de la fe y el trabajo, y la maldad y la ingratitude se la arrebatan!

La esencia, la armonía, la risueña luz de la fe, no pueden desaparecer del alma religiosa; pero las privaciones y el desprecio nos ponen sitio, el hambre y la desnudez nos acometen, y entonces es cuando se necesita un valor heroico para resistir.

Señor, la gloria y la fortuna, los dolores y los plácemes, luchan con el hombre, y á veces éste se inclina á lo malo y pierde su salvación.

Vos, que sois misericordioso, apartad la copa del deleite de los labios del desterrado peregrino de la tierra, y permítele que sea fuente y sepa elevarse á la altura de su grandeza, sin perder nada de lo que constituye el honor y la virtud.

La imagen de la Virgen, Madre de Dios, se halla grabada, con inmortal buril, en los corazones creyentes.

Que jamás esta bella y arrobadora imagen se aparte de mis ojos, y así podré con ánimo imperturbado é imperturbable, trepar por los riscos donde el ímpetu torrente de las pasiones se desata, para que siempre sea digno de cantar su nombre immaculado.

Tú eres la luz de mi existencia.

Tuyo mi corazón y mi esperanza.

Paz y amor fraternal busco de rodillas ante el cielo, pidiendo valor para sufrir.

Canta la tórtola apacible, y su blando arrullo me parece un ósculo de la Virgen que imprime en mi frente, para que alzándola del polvo de mi miseria, sepa huir del *tanto por ciento*, convencido de que á los que la aman y la ensalzan, los diviniza.

¿Qué me importan el mundo y sus leyes, ni la negra tempestad de los soberbios, si tú vas conmigo, si eres el fuego inspirador de mi mente, si suspiro porque me sigas y des á mi arpa dulces notas de religiosidad?

Los ultrajes y traiciones de los corazones duros, todo pasa sobre el creyente, sin arrancarle las ilusiones de la fe, con la cual la verdad triunfa, el dolor se endulza, la ciencia se dignifica y se engrandece, armonizada con la Religión.

Busquemos como depurativo de nuestros errores el Tribunal de la Penitencia.

Con motivo de las revelaciones de *PALL MALL GAZETTE*, despertando la indignación entre los hombres honrados de todos los países, el que las presentes líneas escribe, aún á trueque de ser censurado por muchos, á quienes conoce mucho, y le quieren quitar lo que solamente Dios puede conceder, se atreve (y es atrevimiento en pleno *materialismo*), á provocar una discusión pública oral ó escrita, en la cual se dilucide el tema de si el *Tribunal de la Penitencia* es ó no el mejor para enfrenar las malas pasio-

nes y hacer entrar la sociedad por el verdadero camino de la civilización.

Cuanto sucede de malo y perverso en Inglaterra, Francia, España y demás naciones, tiene su verdadero origen en el *indiferentismo religioso*, lo mismo en los grandes señores, que en los humildes pobres, á quienes no puede faltarles el heredamiento del dolor inherente á la naturaleza humana, en la misma proporción que á los reyes y emperadores.

Rota la *unidad católica*; proclamado el *libre-exámen absoluto*; desprestigiado el honor y la verdad; entronizado el *tanto por ciento*; rebajado y escarnecido el trabajo honrado; adulado y lisonjeado el farsante, el comerciante de ideas; sofisticados los principios científicos; finalmente, la soberbia, la altanería y la desvergüenza en triunfo, ¿que tiene que suceder? Los audaces, los merodeadores de toda clase de negocios que ofrecen pingües ganancias, con poco ó ningun trabajo, son los que medran y se refocilan en medio de esta inmunda podredumbre.

En una sociedad que teme á Dios, que cumple con los deberes católicos; que se rinde, en fin, ante el *Tribunal de la Penitencia*, no hay príncipes, ni ministros, ni duques y barones, ni condes, ni marqueses, ni sábios, ni ignorantes, ni ricos, ni pobres, que se atrevan á faltar á lo que impone para nuestro bien, ese Tribunal que no *encarcela*, ni *deporta*, ni *mata*, ni hace más que someternos á unas prácticas suaves y consoladoras; pero eficaces y de radicales efectos, preparándonos para una vida tranquila, di-

chosos con lo que buenamente podamos ganar, atentos siempre á la salud del alma, antes que á la del cuerpo, convencidos de que esta vida es fugáz y pasajera, y eterna y feliz solamente la que podemos alcanzar en la mansión beatífica.

Digno de leerse y meditarse es á propósito de las revelaciones de *Pall Mall Gazette*, el artículo del número del 28 de Julio, de *El Imparcial*, denominado: *La moral de nuestros censores*. Su virilidad y acertados pensamientos, le colocan en el número de las producciones selectas.

Pues bien; ¿qué se desprende de aquel famoso artículo?

Pues nada más ni menos que el *indiferentismo religioso* ha penetrado de tal modo en el pueblo inglés (y nada menos que en lo más granado del mismo), que amenaza reducirlo á la condición más espantosa de moral decadencia.

Sostengo con todas mis fuerzas la necesidad de una *reacción religiosa*, que destruya por completo el punible comercio de ideas, los industrialísimos vergonzantes y la sed de oro que nos arrastra al lodazal de todas las concusiones. Al efecto, es necesario restablecer en toda su pureza y esplendor, el *Tribunal de la Penitencia*, apartar al clero de todo contacto profano, concediéndole los medios de propaganda que la Religión necesita, y estoy seguro que las ciencias morales y políticas progresarán, y se coronarán de gloria, asociadas á la *unidad católica*, pues el ejemplo de los de arriba, edificará á los de abajo; el Estado unido á la Iglesia, logrará conquistas efec-

tivas de *redención social*, y toda idea sana y oportuna no se perderá en el vacío del indiferentismo y en el caos del desprecio.

Mediten seriamente en estas humildes líneas los que de buena fe se interesan por el progreso y bienestar de la sociedad, y contesten lo que estimen más conveniente.

El Pontificado nos dá á conocer que no puede haber en rigor (y esto es muy claro), libre pensamiento.

El hombre lleva en sí mismo el gérmen de los vicios, con fuertes ataduras, y encadenado se halla á vérgonzosas pasiones, que le hacen perder la noción de la moral y del derecho. Los que suponen otra cosa, no conocen su naturaleza real.

La libertad que buscamos, no consiste en obtener derechos y conocimientos más ó menos elásticos, pues la verdadera libertad no es esa, sino el vernos libres del pecado y sujetos á la justicia. La idea de estar emancipados de toda ley divina y humana, es una idea disolvente, que sólo puede darnos la más negra esclavitud, ó sea la libertad en la cadena.

En vano se esfuerza la imaginación de los enemigos de la Iglesia en negar la divinidad de Jesucristo, apelando á negaciones sofisticas, impugnando las verdades bíblicas, que están por encima de todas las leyendas y artificios del materialismo.

La Iglesia es la poseedora de la verdad revelada, y tiene blasones que representan la ciencia que no es vana, afianzada en el prestigio de la divinidad.

Por eso cuanto se diga en contra de ella, tiene que pasar por el condigno castigo de ser negado, pues

no bastaría que se apelase á cuentecillos de vecindad, para pretender anonadarla (falta que es muy común en los incrédulos), lo cual no podrá suceder nunca.

Del reino de los cielos es un símil la Iglesia católica, pues aunque se halla en la tierra, ha sido bajada del cielo, y es semejante á aquel reino de salvacion: *Simile est regnum cœlorum decem virginibus*, etc.

Al tender un *mapa-mundi* delante de vuestros ojos, apuntáis y decís: *Allí cuadra Asia, allí África*, etc.: *Ved aquí á España*. Pero aunque la tierra se divide en varias regiones, y éstas en naciones, no puede haber más que una sola Iglesia, que es la que está hecha á semejanza y traza del reino de los cielos. Esto mismo dice San Juan, en sus revelaciones: *Vidi civitatem Hierusalem novam, descendentem de Cælo*. Por eso la mansión celestial se llama reino de los cielos. De suerte que la Iglesia católica la hace un mismo pueblo, con el arca del Testamento, que es Cristo, con una sola policía y gobierno, que rigen leyes de *amor y caridad*, sobre cuya base descansa el mundo, por más que otra cosa supongan los *librepensadores*.

El Pontificado Romano todo lo tiene previsto, para mayor gloria de Dios y felicidad de los pueblos, y por eso batalla sin descanso para que se repitan sus disposiciones, sin cejar ante obstáculos de ningun género.

La época actual, saturada con los efluvios del neopaganismo, rechaza el sentimiento religioso, fuente purísima de consuelos y alegrías, que elevan al alma

al mundo de la verdad, poniéndola en disposición de llegar un día á la posesión beatífica.

Han torcido los que debían fomentar con su poder la Religión revelada, los caminos de la redención, modelando en la turquesa de ambiciones bastardas, las aspiraciones públicas.

Estamos divididos, porque no practicamos sinceramente los preceptos religiosos, pues si así no fuera, no adoleceríamos de tanta veleidad, y seríamos más fraternales y humanos. Oímos la voz sagrada, por temor de que no se diga que totalmente nos hemos materializado, mas no porque formemos intención de mudar de vida y concurrir, con desasimiento del mundo, al triunfo de la Iglesia, depositaria de la eterna verdad.

La Semana Santa, por ejemplo, que en Roma es tan espléndida, nos impele á considerar en la Pasión y Muerte del Hijo de Dios, poniéndonos de manifiesto lo que tuvo que padecer por salvarnos, con una abnegación difícil de ser imitada. Pero nos hallamos enconados unos con otros, y la mágia del sentimiento cristiano no nos conduce al abrazo de fraternal unión en que los católicos deberíamos vivir, á ser cierto que nos hallamos bajo el imperio de una Religión verdadera, como de ello no se puede dudar.

Sabido es que la antigua Grecia fué tan brillante como fecunda, y que los siracusianos degollaban sin conmiseración á los atenienses prisioneros, en la guerra de Sicilia. Pero al oírlos recitar y declamar versos del famoso Eurípides, se olvidaban de que eran sus vencedores, desataban sus cadenas, les da-

ban cariñosa hospitalidad; enviándolos, por último, libres á su pátria.

¡Qué influencia tan poderosa y decisiva ejercían aquellos sublimes versos del inspirado ateniense, en los corazones de aquellos vencedores endurecidos en el fragor de los combates! Pero entre nosotros, aunque no faltan poetas que reciten y declamen heróicos versos,—no tan heróicos muchos, como suele decirse,—y oradores sagrados que decanten las grandezas de la fé, nuestros ódios y envidias van en aumento, y los crímenes de todo género no tienen medida. Y es que todo se halla saturado de incredulidad; en todas las regiones han penetrado las ideas y costumbres paganas, y hasta algunos oradores sagrados han admitido las formas y alambicados conceptos de la adulación, temiendo perder el favor de los grandes y enajenarse las simpatías de la opinión, demasiado extraviada ciertamente.

El teatro apenas ofrece una que otra, rara vez, un espectáculo edificante y conmovedor, pues el realismo más grosero se ha enseñoreado de la escena, rindiéndose culto frenético, casi por completo, á creencias vertiginosas y desmoralizadas.

Sabido es que hubo un tiempo en Atenas de terribles ódios y venganzas, que apenas se podían contener.

Hallábase un dia en la representación de una tragedia de Euripides, una colección inhumana y feróz de vencedores desnaturalizados, que pretendían destruir aquella ciudad. Pero al volverse el coro hácia Electra, diciéndole: *Hija de Agamemnon, nosotros*

*venimos á tu humilde y desolada cabaña*, una rápida conmoción de piedad se apoderó de aquellos hombres, comparando con las miserias de Atenas, sus desdichas reveladas en aquellas célebres frases; lloraron y les concedieron perdón. ¡Sublime poder el de la literatura, especialmente dramática, en los destinos de la sociedad! Pero nuestro teatro, con tal de que halague á unos cuantos sensualistas y coincida con la frivolidad del vulgo, corre y vuela por él toda composición que conozca el secreto del aplauso, y así vemos pocas obras que moralicen y encanten.

Orfeo pudiera dominarnos y Tirteo conmovernos, siuviésemos más sentimiento religioso.

Pero no siempre, ni el teatro, ni la novela, ni otros medios de revelación moral é intelectual, en todas sus manifestaciones, contribuyen á despertarnos del letargo en que el industrialismo postulante nos ha sumergido, y vamos siendo ya más feroces que las fieras bravías.

La tormenta del escepticismo se halla engendrada también en las altas cimas de la ciencia, de donde debiera salir el néctar que el pueblo, ávido de luz y sediento de verdad, ansía.

Vosotros, los que teneis la facultad de conmover y de enseñar, desde la cátedra del Espíritu Santo, en los días de luto universal, demostrad que sois ministros de un Dios de Paz y Misericordia, y no transigais con las potestades y afortunados de la tierra, para decir que son *viles gusanillos*, en quienes tendrá que cebarse la muerte, como en los de heredados del banquete de la abundancia!

Agrupad en un mismo púlpito vuestras antorchas, y concentrad los rayos de la verdad, para difundirla desde esa tribuna, amparada por el Eterno Espíritu.

Que penetre en todos los corazones el movimiento y la vida religiosa, para que enmudezcan los dragones de negras y anchas fauces, que publican la desobediencia á la Iglesia de Jesucristo.

Acumulad pruebas y pruebas sobre la *revelación*, y á medida que os inspireis con vuestros votos, haced uso de la inagotable variedad de conocimientos, para hablar lo mismo al entendimiento, que al corazón.

A pesar de todas las negaciones anti-bíblicas y anti-católicas, la Semana Santa conmueve al género humano.

Los materialistas creen tan fácil penetrar en los dominios del alma, como en la genealogía de cada sér y la genealogía del hombre.

Todo lo quieren reducir á positivismo fijo, con sueños, sistemas, utopias, sombras que pasan y vuelven á pasar por la mente febricitante, olvidándose de preguntar: ¿de dónde venimos? ¿á dónde vamos?, que es lo que la Religión nos enseña á saber.

Así se comprende que venimos de lo eterno, que vamos á lo eterno; que el alma es la vida del cuerpo, y que el verdadero porvenir es la eternidad.

Penetren los oradores sagrados en este laberinto, y confundan á los incrédulos, que son como castillos de arena que se derrumban al menor impulso de un airecillo leve.

Hagan sentir al alma, para que considere al Creador, mandando jueces y pesquisadores que hagan de la vida muerte, sorprendiéndonos en medio de nuestros festines é industrialismos, descuidados y sin pensar que somos *ceniza, nada*. Se muere una sola vez, y es necesario morir sin faltas, el corazón contrito y la esperanza en el cielo.

Sepan los incrédulos, que Cristo Nuestro Señor mandó á los vientos y al mar, y mar y vientos le han obedecido, por lo cual los hombres se maravillaban y se preguntaban (Math., 8, núm. 17): *¿Quién es este á quien los vientos y el mar obedecen?*

Saquen de aquí los incrédulos confusión y vergüenza, y consideren en la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; y no olviden que dejó dicho (Math., 14, núm. 6): *No queráis temer, que yo soy: esto es, vuestro Padre, vuestro ayudador, vuestro descanso, consuelo y alegría en vuestros trabajos; soy vuestro camino, verdad y vida. Soy vuestro Juez, que os tengo de juzgar; soy el Dios de las venganzas, que os tengo de castigar; finalmente, soy el Todo poderoso, que os tengo de condenar.*

La Semana Santa, una de las épocas del año más conmovedora, sobre recordarnos el drama del Calvario, base de la fé y tesoro de esperanzas para la salvación, predispone á gran meditación y respeto de los misterios religiosos. La Religión ha vislumbrado las grandes armonías del mundo celestial, haciéndonos conocer que el espíritu de Dios se agita lo mismo sobre las aguas, que en las floridas vegas y los encumbrados montes. Todo á su paso vive, todo alien-

ta, todo brota; todo palpita, todo reverbera. Su mirada rasga los piélagos y los abismos, su mirada penetra todo, y nada puede sustraerse á su influjo soberano.

La Iglesia, firme en su idea, resignada y prudente en sus exigencias, nos llama á todos con la antorcha de la verdad en la mano, ennoblecida por el amor de los corazones, y buscando en sus lides fecundas el medio de darnos la salvación.

El mote de su escudo, es la lucha de la fe, fuente de todo consuelo y punto de partida para alcanzar las conquistas de la razón; la armonía entre la Religión, la Ciencia y el esplendor del Pontificado.

Quiere la Iglesia que busquemos y amemos á Dios, tanto en la fortuna, como en las adversidades; que por débiles y desvalidos que seamos, no perdamos la fe en su divina misericordia; que por muchas que sean las aficciones y muchos los dolores que nos atormenten, no nos dejemos abatir, y abriguemos firme esperanza en su bondad; y finalmente, la Iglesia quiere que sepamos hacer un uso acertado de nuestras facultades; compromiso que le obliga también en estar en contínuo ejercicio de compenetración, para que su prestigio no se censure y se menoscabe.

Todas estas circunstancias hacen que la Iglesia católica sea tan poderosa, y que se afane tanto en enseñarnos la verdad, sin contemporizar con vergonzantes utopías.

¿Sería necesario probar que el acaso hizo el mundo, y que la Religión es un azote para la sociedad? Pero

como la sociedad, sin el freno religioso, pierde el equilibrio por completo, de aquí que no se pueda dirigir la por el camino de la virtud, si no se sostiene con las creencias del catolicismo.

¿Podrían desaparecer los baluartes de la cristianidad, porque unos cuantos hombres profesen ideas anti-católicas?

Todo el tesoro de verdades que atesora la Iglesia, con sus creaciones artísticas y monumentales, morales y benéficas, ¿podría nunca caer bajo la débil planta de los que la envidian y la combaten?

¡Qué ceguedad tan intensa!

¡Qué locura tan manifiesta!

La Iglesia no puede desaparecer: la sostiene el brazo poderoso, inexcrutable de Dios. ¿Y quién puede más que Dios?

El trabajador que recibe protección y amparo decorosos de lo que lo reconocen, aman y temen, no será el sudrá de Oriente, ni el ilota de Esparta, ni el pária de Grecia, ni el esclavo de Roma, ni el siervo de la Edad Media, sin más vivienda que una miserable choza: será un ciudadano digno de respeto por sus virtudes, sometidas á los preceptos de la Iglesia, acordándose, en medio de sus trabajos, de las siguientes palabras:

«Velad y orad, porque no sabéis el día ni la hora de vuestra muerte, ni de vuestro juicio, porque cuando menos penseis ha de venir el Hijo del hombre á llamaros á su divino juicio. (Math., 22, núm. 41, etcétera, 15, núm. 1.)»

Bajo la influencia del Pontificado, no quedarán

ciertamenté ocultos tantos tesoros desconocidos como existen, por falta de piadosa y magnánima protección.

Las modernas sociedades se hallan enfermas del afán de riquezas, verificándose en todos los conceptos de la vida, por adquirirlas con la mayor brevedad posible, olvidadas de que la fortuna, tanto es menos segura cuanto es mayor, y que no sólo es ciega, empero hace ciegos á los que favorece, como dice Aristóteles.

Marcilo Ficino dice también, que el hombre más afortunado del mundo es sólo aquel que está con su fortuna contento. Pero esta conformidad no la aceptan la mayor parte de los hombres de hoy, aunque á cada paso les estuviesen repitiendo las palabras de Séneca: «Todo lo que la fortuna levanta á mayor altura, hace caer en mayor precipicio.»

La civilización, por más que blasona de moral, tiene sus enfermedades, parecidas á las del cuerpo humano, lo cual explica la patología social, con sus semblanzas diatésicas y virulentas.

Las enfermedades humanas tienen auxilios poderosos en los diversos sistemas terapéuticos; pero las sociales, pocas veces hallan seguro remedio, pues sus médicos apenas conocen más legislación que un empirismo rutinario.

La Religión y la Ciencia son casi siempre relegadas al desprecio, prescindiendo del diagnóstico y pronóstico, para aplicar un tratamiento asendereado y cruel.

La base de la presente sociedad, es el egoísmo, so-

fisticando el criterio de conservación, que viene á parar en mútua indiferencia.

Ante todo, cada uno es para sí, por más que publique amor á la colectividad.

El mal de las sociedades modernas consiste, repetimos, en el afán de riquezas.

Lo más santo y sublime se va convirtiéndose en puro industrialismo: todos lo ven, lo oyen, lo perciben, levantándose por todas partes una sorda queja de mal-estar. Las pasiones bullen en un oleaje abrasador. La oración del creyente se desprecia, el comprimido sollozo se vitupera, y no es difícil que se aplauda el sacrilegio y la imprecación. Un eco agónico se desborda de los lábios de seres desconocidos, más ricos que todos los archimillonarios; con más tesoros que los que podrían cargar todos los buques que surcan los mares en todas sus direcciones.

Pero apenas nadie les tiende protectora mano, en medio de las tempestades en que titánicamente luchan. Ellos adoran á JE-HO-VA, ó el que HA-SIDO-ES-SERA, y los contrarios no adoran más que al dios ÉXITO, personificación de la materia victoriosa. Poco importa que carezca de voz: ella habla con muda elocuencia, y sus vibraciones llegan halagadoras al corazón de los buscadores de perlas, en el mar de las turbulencias sociales.

La tierra yace estéril por falta de cultivo, y las riquezas de los hombres de mérito ocultas, por falta de protección.

La tierra tiene una gran parte de su superficie es-  
perando el brazo del agrimensor, protegido y ampa-

rado dignamente, perdiéndose en los abismos del mar, por inundaciones, sus manantiales, lagos y fuentes sin fecundarla, como podría hacerse, á no imperar la sórdida avaricia, que atesora y esconde tesoros que podríán emplearse en explotar los ricos veneros que se hallan en sus entrañas.

El sábio indica los medios apropiados al mejoramiento, perfección y progreso de la agricultura, la industria, el arte, el trabajo, en fin, en todas sus variadas y múltiples manifestaciones.

Pero sus consejos son con frecuencia objeto de burla; y si alguna vez son aceptados, es con miras siniestras de la explotación de su inteligencia, considerándole feliz, con una retribución insignificante, prodigada con sardónica sonrisa; obligándole acaso á rendirse en holocausto de aberraciones sociales, halagando las pasiones y haciendo la apoteosis del vicio.

Pero lo común es que los tesoros morales, de abnegación y virtud, existan ocultos y desconocidos, en medio del torbellino de una civilización basada en el orgullo y el privilegio.

Los tesoros de esta naturaleza se hallan encubiertos en rocas, suelos y muros que parecen esfinges para los corazones glaciales, despreciadores de todo lo que es grande y magnificente. Estos sacrificadores son muy numerosos, y hallan siempre víctimas á quienes sacrificar, burlándose de los tesoros de su inteligencia y de su virtud. Estos reos inocentes tienen una sensibilidad exquisita, una religiosidad acendrada, viviendo más ávidos de la salvación de

su alma, que del alma de los negocios humanos, que perecen con la muerte, convencidos de que nuestros males y trabajos no tienen otro fin sino la muerte, que deja libre el alma de la penión de la flaqueza.

Las víctimas de los vampiros de la sociedad forman una familia esparcida por el mundo, como aves sin nido; llevando su riqueza al lado de su miseria, su desgracia y sus melancolías, en simas que el sol no dora, que el aire no oscula, y en que solamente los suspiros que exhalan solitarias, van á buscar refugio, como cadáveres representados en el hoyo de los pobres, en lo más retirado de los cementerios.

Este pueblo proscripto, vive, empero, resignado con su suerte. Alentado por la Religión y la Ciencia, á las que no podría jamás hacer objeto de granjería y especulación bastarda, tiene una historia llena de glorias y grandezas, estampada en los fastos del verdadero progreso, con héroes, mártires y cantores, cuya vida ha dejado en la tierra regueros de lágrimas.

Todos los hombres que han abierto caminos de flores á la civilización, y frondosos senderos á las almas atribuladas y perseguidas del infortunio, no han hallado recompensa digna á sus afanes y sentimientos.

Los que han podido darse á conocer, con muchas privaciones y adversidades, han perdido la vista, como Homero y Milton, á fuerza de encumbrarse en las regiones de la inspiración; ó como Camoens y Cervantes, tuvieron que experimentar los rigores

más crueles del destino, para escribir obras que son lecciones para todos los siglos.

Los que por ningún estilo han podido manifestar su génio á la humanidad, han bajado al sepulcro, por la vía dolorosa del aislamiento, envueltos en el sudario de sus sueños espléndidos, sin haber hallado en el mundo á su paso, más que desprecios é ingrati- tudes.

En el orden intelectual, como en el orden moral, las riquezas del alma son tesoros ocultos, que casi siempre quedan desconocidos. El que piensa que no sabe nada, sabiendo mucho, ese es el más entendido, pues por mucho que sepa el hombre más sábio y eminente, mucho más es cierto que le resta. Alababan á Sócrates lo mucho que había alcanzado por la contemplación de la Filosofía, y dijo: *Lo que yo sé, es que no sé nada.*

Las almas caritativas y humildes, no hacen el bien á son de pregonero. Los que lo publican y buscan aduladores que les ensalcen, por más que se presenten en público, ostentando religiosidad, esos no tienen en el alma más que podredumbre: son enanos, y se tienen por gigantes, con la soberbia y altanería, verdadera hiel que cuanto toca, lo vuelve amargo.

El soberbio á todos quiere imponerse, y fué precisamente la soberbia obra de Satanás, desvanecido por la hermosura y la grandeza de verse el primer ángel. El hombre no es ángel, y sin embargo quiere ser Satanás. ¿Qué es el hombre y qué es la gloria suya?—dice el Eclesiástico. El hombre es heno, y toda su gloria como flor del campo, que apenas nace, cuan-

do se vé marchita y agosta. Pero el soberbio no se mira en este espejo, y así se queda con la fealdad de su presunción.

Zenón, el filósofo, estaba mirando á un jóven galán, muy desvanecido, aunque compuesto y aliñado, que con mucha precaución pasaba el golpe de una canal, huyendo del lodo, y dijo: *Con razón tiene éste por sospechoso el lodo, en el cual no puede como en espejo mirarse á sí mismo.* Aristóteles díjole á un jóven muy desvanecido, y muy ignorante y altanero: *Oyes, mancebo, ¡ojalá y fuera como tú piensas que eres! Empero, á la verdad, lo que eres tú quisiera yo que fueran mis enemigos.* Esta clase de hombres, se envanecen con riquezas y bienes, que hoy se miran, y mañana desaparecen.

Las mejores son las del alma y las del entendimiento: *¡creer y amar; saber sufrir, trabajar y esperar; tener fè y rendir pleito homenaje á la Religión y á la Ciencia,* vínculos sagrados que unen á la criatura, con su Creador, para su eterna felicidad beatífica: hé aquí la más grande filosofía.

Vosotros sois los párias del trabajo; los sacrificados de la ciencia; los mártires de la religión; pero vosotros sois los verdaderos elegidos de Dios, para impulsar á los pueblos, por las vías del Progreso. Porque el Progreso es la Luz, la Luz es la Verdad y la Verdad es Dios.

Progreseemos, pues, por más que el porvenir, no sea realmente más que la Eternidad.

Los que niegan las maravillas del progreso, fanatizados por una indiferencia glacial hacia todo lo que

pone de relieve la portentosa actividad humana, no conocen que Dios es quien dirige nuestros destinos, por más que aparezcamos débiles, desnudos y desarmados, desde la funesta caída de nuestro primer padre.

La triple y consoladora idea del hombre, es progresar, sentir y amar, dirigiendo sublimes armonías á los piés del Altísimo Trono, para alcanzar misericordia á nuestra ingratitud.

El Eterno Jehová, se identificó con la raza humana, y desde entonces hemos percibido la ley del progreso, rehabilitados y sin temor de dirigir la vista hácia el cielo, dejando correr libre el pensamiento por el esplendente mundo de las estrellas.

Si la halagüeña esperanza huyese de nuestro corazón, no comprenderíamos la excelsitud de nuestro origen, ni aspiraríamos á que la aureola de la gloria brillase sobre nuestra frente.

Nada es más sublime que la aspiración hacia un supremo bien y el deseo de perfeccionarnos.

Queremos un progreso exento de ruines pasiones; aquel progreso vaticinado por el pobre hijo de un carpintero, en nombre Dios, que dijo: *Y entonces la paz reinará en la tierra: habrán llegado los tiempos del Reino de Dios.*

El Progreso verdadero, es el ideal cuya prosecución fué iniciada por los Patriarcas, en los campos de Caldea, continuando sereno y majestuoso á través de los tiempos por todos los pueblos y generaciones que desde aquellos días se han sucedido en el Universo.

Desde la época del Génesis, cada siglo ha contribuido como le fué posible con su grano de arena, á la creación de la Babel de felicidad á que los hombres aspiramos, luchando siempre con elementos de coacción y de violencia, sintiendo siempre un vacío en el corazón.

La cuesta para subir es árida y difícil; pero es necesario luchar y reluchar, hasta conseguir que las preocupaciones de raza y de casta, desaparezcan, dejándonos libertad para obrar con arreglo á nuestros posibles, sin oponerse á ello la tiranía y el desenfreno, patrimonio de los que imperan por la audacia, favorecidos por mal adquirida fortuna ú otras preeminencias sociales y corporales.

No abandonemos la Religión, sin la cual el orden y la paz son imposibles, en la familia y en la sociedad.

El hombre tiene que asociarse al hombre; vivir con sus semejantes; iluminar al ignorante, venerar al sábio y al virtuoso, y no fatigarse y caer en la inercia, porque la suerte le cerque y le amargue la vida.

Cierto es que las riquezas del alma son tesoros ocultos, como los de la tierra que no se cultiva. Pero, es preciso comprender que solo del hombre que amasa su pan con lágrimas, es que se puede esperar luz para que la humanidad no naufrague, envuelta entre las olas de la corrupción á que la conduce la falta de entendimiento, para saber sentir, pensar y querer, con el conocimiento pleno de que Dios formó al hombre á su imágen y semejanza, para que sepa ganar la palma de la gloria, ostentando la nobleza de su elevado origen, sujeto á sus divinas disposiciones.

La Religión es la felicidad posible del género humano.

La última calamidad que ha podido caer sobre un pueblo, es, á no dudarlo, el *indiferentismo religioso*, en el que se hallan afiliadas muchísimas personas, creyendo falsamente que en él se vinculan todos los bienes. Esta calamidad va en aumento, y es la causa de casi todas las catástrofes, desde las que surgen de los conflictos internacionales y civiles de cierto género, hasta las provocadas por las costumbres desordenadas. No es una paradoja lo que vamos diciendo: los hechos lo confirman, y nadie puede negar que ellos forman una monstruosa decadencia en el orden moral, que no tiene más remedio que la aplicación de los principios religiosos, aceptados con toda sinceridad.

Mirando al modo como el indiferentismo religioso se manifiesta, se encuentran elementos de descomposición, tanto en la ciencia, como en las leyes; lo mismo en las relaciones sociales, que en las de la familia. Este mal es una de las formaciones más culminantes, y se funda sobre un concepto excéptico: se le encuentra en las profundidades del espíritu perturbado por la exagerada libertad de pensar, en que la esperiencia más exacta y más madura, creyendo descubrir nuestros horizontes á la avaricia, pone en claro el *indiferentismo* de que tratamos, y destruye los lazos de un ideal largo tiempo acariciado, como hasta la hora fatal en que aquel veneno nos intoxica. Entre este ideal perdido, entre las nubes de la duda y el ideal sangriento sobrevenido en su lugar,

se crea una contradicción que divide el hombre en dos mundos contrarios: aquí el ideal de la fé y la razón hermanadas; allá la realidad del excepticismo, reducida á un grupo de actos en que se estrella toda noción de justicia, llevándonos muchas veces á la desesperación. Hé ahí la idea culminante del indiferentismo religioso: de ella pueden deducirse los elementos que lo componen y el modo de su composición en esa forma tan compleja de la duda.

El pesimismo es la base filosófica de la irreligión: él posee la plena desconfianza de la otra vida; lo que para el creyente constituye lo grande y divino de la fé y la razón, no tiene á sus ojos valor alguno: la vida le parece una fábula relatada por un idiota, como Shakespeare, hace decir á Macbet: *et is á tale fôld by an idiot.*

Pero el pesimismo sólo basta para engendrar la duda, por más que quiera juntarse á la ecuación de lo positivo, pues aún así y todo, éste lo excluye. Circunscribiéndose á dudas siempre, no podrá echar raíces en la conciencia, y concluirá por ser odiado de los más iliteratos y los menos versados en principios teológicos y filosóficos. En la junción de lo ideal y lo real, de la intuición y el utopismo, habrá alternativas, que combatiéndose recíprocamente, concluirán por una síntesis, que será el triunfo de la Religión.

El pesimismo tiene además dos caractéres dramáticos: ofrece una faz trágica de vehemencias, apóstrofes, tristezas desesperadas y lágrimas de soberbia y altanería, y otra faz cómica de groseras chocarrerías, de mudo descaro y petulancia obscena. Tam-

bién suele saltar por encima de esos dos extremos con una sonrisa jovial y alegre; pero despojado de ternura, de piedad, de entusiasmo viril.

El pesimismo crea el indiferentismo, y de aquí la duda. Por eso no ve el triunfo de la verdad, al través de los inmensos desastres del tiempo, y siembra en su camino los gérmenes de la desesperación, juega con sus excentricidades, como «un niño con los dados,» valiéndonos de la expresión de Heráclito.

El pesimismo á que ha llegado la filosofía racionalista pura, nos muestra la existencia de una duda amarga en el corazón.

El hombre sin fé, en presencia de la razón, la rasga, y en vez de caer horrorizado á sus piés, fija en ella su mirada orgullosa, fingiendo una entereza que no puede sostener.

Por lo que dejamos dicho sobre el pesimismo, se vé que ese fenómeno no pertenece en modo alguno á la ciencia explicada por la revelación, y que sus fundamentos son falsos y perjudiciales sus lecciones. Falto de profundidad sicológica, con sus antinomías destruidas, no podrá existir.

Hasta cierto punto podría admitirse para reir el retrato ó caricatura de un hombre ó de un estado social, como puede verse en los *Pájaros*, las *Nubes* y las *Ranas* de Aristófanes, en cuyas producciones resalta una petulancia franca de un espíritu sano, que se esparce libremente, y dá color propio á los accidentes de la vida, que Catulo y Propertio también los describen; ó admitirse del mismo modo, la risa sutil y fina de Horacio.

Pero para elevarse al conocimiento de Dios, y para ajustar á la Religión nuestros actos, el pesimismo engendra el indiferentismo, la duda. Los diálogos de Sancho y Quijote nos dán á conocer las dos ideas opuestas de la vida militante: lo ideal y lo positivo; pero así y todo, dadas las condiciones de una inteligencia cultivada por la ciencia, en esos diálogos se ve ironía que agrada, que no pervierte, porque enseña á conocer el fondo de la *Retorta social*, para no caer en las redes de la *hipocresía*. Porque, á la verdad, no se puede fiar en el idealismo, al extremo de creer en el viaje fantástico de Pantagruel á la conquista de la *Sagrada Botella de Rabelais*, ni en otras producciones que podrían hacernos idólatras de concepciones perturbadas: ni tampoco hemos de creer tanto en la piedad fingida, que vayamos á hacernos sus reos propiciatorios, robándole al bien lo que candidamente concederemos al mal.

Nadie como Voltaire ha jugado tanto con el pesimismo, fingiéndose irresoluto y melancólico. Las olas de su pesimismo aún murmuran desencadenadas, y su filosofía cunde y gana prosélitos. Sus estrellas brillan indiferentes y gélidas, y los locos de la duda, esperan que se les deje ver su luz clara y luminosa; pero Voltaire las dejó en el horizonte de la duda, estampadas por el pesimismo, para que sus prosélitos vivan en ansia eterna, esperando la luz de la razón ofuscada por el indiferentismo religioso; pero esa luz no puede venir de focos entenebrecidos por el desencanto, aunque se busque remedio en el romanticismo de Byron, de Lamartine, de Silvio Pellico, de Es-

pronceda, en cuyo seno parece oírse la melancolía quejumbrosa del dolor; pero sin estar sustraído á los consuelos de la fé, pues entre sus pliegues existe la creencia de un Dios de justicia, especialmente en Lamartine y Silvio Pellico, que á la vez respiran creencias religiosas muy delicadas. Cierto es que esta escuela romántica tiene el acento del dolor y el sello del desencanto de una vida deslizada sobre abrojos; pero este fenómeno se debe á la lucha que el poeta tiene que sostener con el grosero mercantilismo y la vertiginosa rudeza de los goces sensuales, viéndose despreciado por no cantar la infamia y el servilismo, obligado á veces á acostarse sin haber probado alimento, y casi desterrado del banquete social, por no adular á los poderosos.

Sepamos, pues, los que tenemos el corazón puesto en el Altísimo, llevar por buen camino el curso triunfante de la Religión, sin soliviantar los ánimos, sin exasperar las conciencias, pues es seguro que teniendo como tenemos de nuestra parte la verdad, sin nubes que la empañen, hemos de conseguir el triunfo de nuestros ideales.

A veces pensamos que las modulaciones enfermizas de los que dudan, estallará en roncadas vibraciones contra la Religión, como si las remeciese en violenta sacudida el génio de la tempestad. ¡Ah! pocos conocen cuanto lacera el desprecio y la falta de recursos: el hombre se hace sombrío y pesimista, á fuerza de sufrimientos y desengaños. Por eso, hermanos míos, los que como yo teneis paciencia para sufrir y no desesperar, trabajad por la conversión de los que

pueden fácilmente entrar en el edén de la Iglesia, lo mismo que por los que soberbios la desdeñan, creyéndose supremas inteligencias, porque saben hablar y escribir correctamente, ciegos con su infecundo pesimismo, hasta que su arboladura y cordaje sea arrojado de la cumbre al abismo, entre montañas de olas encrespadas é inflexibles.

El dominio de la Religión sobre el pesimismo, lleva consigo la ciencia victoriosa. Las chanzas y los epigramas de Voltaire volaron y vuelan aún de uno á otro polo rápidamente y abundantes. Pero la voz de Dios resonando en los lábios del creyente, hará caer aquellas fortalezas como castillos de naipes, pues quien dice Religión, dice Dios, Humanidad, Progreso, Luz y Verdad.

La Religión continuará majestuosamente su curso en la senda que le formó el Eterno, sirviendo de fuente de vida á toda ley humana duradera.

El pesimismo no cambia la esencia de las cosas, ni los juicios de la razón. Los principios generales ponen regla á la excepción tolerada: pueden discutir los pesimistas; pero jamás podrán convencer de que Dios no manda más que nadie, y de que su Iglesia no sea capaz de resistir los furores de la incredulidad, convirtiendo, enseñando, salvando.

La Unidad Católica es la base de la civilización, y el Pontificado la sostiene precisamente.

En las presentes circunstancias del siglo, que todos los elementos de disolución social se aprestan, á cual más tenaces y soberbios, para destruir la Iglesia de Jesucristo, nada más grande, nada más glorio-

so, que fortalecer, solidificar la *Unidad Católica*.

Estamos en unos tiempos de profundo descreimiento, en que todos los errores conspiran contra la verdad, tendiéndole celadas traidoras y muy premeditadas, para que sucumba, y se pierda la fé, único lábaro de salvación para la sociedad.

Nada importa que los intereses materiales progresen; nada importa que la riqueza se estacione en los más hábiles para los negocios del mundo: lo que importa mucho es que la moral se propague, que la fraternidad cristiana se extienda, y que todos nos agrupemos en torno de la Cruz, para profesar una sola Religión, base esencial de la humanidad, para conseguir los altos fines y las aspiraciones del alma.

Es muy sensible y doloroso que todos los días haya plumas y palabras envenenadas que dirijan apóstrofes groseros y calumniosos á la Iglesia de Jesucristo, valiéndose de alusiones groseras, que ponen luto en el corazón. Y no es menos doloroso también, que hombres que ocupan altos puestos, se preocupen con reformas perjudiciales, aspirando á arrancar del corazón la única creencia que puede salvarnos; queriendo borrar de las escuelas el signo de la Redención, y sustituyendo por el Catecismo, la Mitología y otras reminiscencias de los peores tiempos del paganismo.

La propaganda aumenta. El bullicio se hace cada vez más palpitante. Las almas se ven amenazadas de esa irrupción bárbara, que no perdona medio para destruir la Iglesia. Y en vista de tales desmanes, no queda más recurso para que salga victoriosa en la

lucha á que se la provoca, que fortificar y robustecer la *Unidad Católica*.

Si todos los que se precian de verdaderos cristianos tienen deseos de que los elementos de disolución social no triunfen, es preciso que no se abandonen al indiferentismo, formando una liga contra la impiedad, que pueda oponer fuerte muro al error de los anti-catolicos.

Las naciones que tienen la suerte de pertenecer al gremio católico, serian más grandes y felices, si se propusieran defender los fueros é inmunidades de la Iglesia, que son los que sostienen la verdadera civilización.

Todos los vicios y géneros de corrupción, nacen de la falta de ideas religiosas. Todos los propagandistas del error, engolfados en satánica soberbia, se consideran legisladores y soberanos, personificando á los tiranos gentiles, que querian destruirlo todo, por ser consecuentes con su consigna de ceguedad.

Despojada la familia de sus legítimos derechos, no puede tener la representación que corresponde á sus altos fines. Leyes que emanan de credos disolventes, no pueden asegurarle las garantías que la elevan al trono de su grandeza. Todo libertino, voltario y disipador, quiere que se rompan los lazos de la familia, pues de este modo la inmoralidad cunde más desahogadamente y el ateismo avanza y se robustece. Y hé aquí que cuantos ejemplos ofrecia el Paganismo, todos se van repitiendo á impulsos de una mal entendida ilustración. La degradación va siendo cada dia más profunda, y así no puede existir la sociedad.

Los discípulos de Voltaire se aumentan, impulsando á los cándidos y á los débiles, para que se aparten del cristianismo.

Al efecto, los halagan con el bienestar material, hablándoles de un porvenir dichoso, lleno de honores y riquezas mundanas. Engolfados y arrastrados al cieno, ¿qué pueden conseguir los que dejan seducirse por los enemigos de la Iglesia?

Diariamente lo estamos viendo: los suicidios, bancarrotas, *irregularidades* y otros excesos, van en aumento; el divorcio ha hecho atmósfera por todas partes; las demasías y audacias de todo género, se multiplican.

Los que olvidados por completo de los beneficios que reportan las creencias cristianas, se adhieren al materialismo, llegan á la desgracia de negar hasta la misma existencia de Dios. La Tribuna, la Academia y la Prensa, contribuyen poderosamente á que tales consecuencias se radiquen y triunfen, cuando se olvidan de su elevada mision.

Sería preciso tener el corazón encallecido, para no reconocer la necesidad de la unión de todos los católicos.

De esta unión fuerte y decidido empeño de batallar contra el error, resultará un acumulo de elementos de la mayor importancia. La riqueza sólida, el honor legítimo, se hallan cimentados en las ideas religiosas, y esto es lo que debe favorecernos y ayudarnos. Las palabras del Hijo de Dios tienen necesariamente que cumplirse. Nos ha llamado, y debemos acudir; nos ha avisado, y no debemos despreciar sus avisos.

Pero los impíos quieren burlarse de nosotros, provocando convulsiones sociales, y armándose de todo género de fuerzas, para arrollarnos é inutilizarnos.

Ha llegado el tiempo de decir la verdad á todos, sin reparos ni miramientos de ninguna especie.

Es preciso que probemos que somos verdaderamente católicos. Debemos presentar el estado de la familia y de la sociedad, para que los corazones se apresten y se justifiquen, levantándonos de las sendas de la apatía, para subir á la esfera de la victoria.

Movámonos y formemos una *unidad espiritual*, para resistir á los que aspiran á hundirnos y desacreditarnos. Probemos con hechos, lo que digan nuestras palabras.

Abismados en la turbación y el desórden nuestros enemigos, se disputan el triunfo de anularnos. ¡Vano empeño! Si sabemos guerrear con orden y sinceridad, seremos invencibles.

*La unión de todos los católicos*, será la salvación de la sociedad y de la familia. Piensan los que nos combaten, hacernos renunciar á nuestras ideas, y tal pretensión es absurda y despreciable. ¡Extinguirse nuestra fé, enfriarse nuestra razón! Esto no lo verán jamás nuestros adversarios.

En nosotros no puede penetrar la indiferencia y el desaliento. Tenemos convicciones profundas, y vivimos ayudados de la divina gracia.

Los filósofos y publicistas incrédulos podrán atizar el fuego de la discordia; pero nosotros estamos dispuestos á resistir.

*La unión de los Católicos*, será una guerra irresistible, que amedrentará á nuestros enemigos, haciéndoles desistir de sus propósitos.

Somos los herederos de una nueva era de paz, de concordia, de amor y caridad, y debemos ser dignos del honor que se nos ha hecho.

Hagámonos fuertes por la unión sincera, y seremos inespugnables.

Conduzcámonos con prudencia; pero al mismo tiempo con energía.

No basta que seamos muchos, sino que estemos bien unidos.

Nuestra bandera es de paz y concordia, y su sombra brinda grata tranquilidad á todos los que de buena fé vengan á nuestras filas.

Nosotros aspiramos principalmente á la salvación de las almas, y por esto confiamos en la segura victoria de nuestra causa.

Es preciso, por lo tanto, que todos los católicos de buena fé nos ayuden en esta cruzada de *amor y caridad*.

Las naciones católicas, depositarias de las verdades reveladas, tienen á su favor la opinión, el derecho y la razón.

Para que no se malogren nuestros deseos, basta que estén, como están, apoyados por la Divina Providencia.

*La Unidad Católica*, es el espejo en que se miran las grandes virtudes. Si no tenemos unión, ¿podremos blasonar de creyentes? ¡Oh! no: sería un sarcasmo, con justicia reprobado y escarnecido.

Si los errores han de sucumbir, es necesario que las grandes verdades no queden oscurecidas.

Es necesario que tengamos firmeza de carácter y voluntad de hierro, para batallar sin trégua, ni descanso. Nuestros enemigos nos tienden celadas, nos ridiculizan y befan.

Pero tienen contra sí su impotencia, y de seguro sucumbirán de hecho por ellos mismos.

La fé que nos guía y alumbrá, no mata, no dañá.

El error, sí, dañá y mata, y ofrece el espectáculo sangriento de la destrucción. ¡Adelante, pues, con la *Unidad Católica*, sostenida por los católicos adheridos al Pontificado!

Si es indudable que *la vida es el dolor*, y que sus lágrimas, infortunios y padecimientos, son la herencia que recibimos de nuestros padres, nada más lógico y necesario, que el cumplimiento de las prácticas religiosas, para conseguir de este modo un lenitivo á nuestras infinitas desgracias.

El Pontificado nos enseña que la Redención fué necesaria, porque su precio debía estar en razón directa de lo que tiene que rescatar el hombre *imperfecto* y *finito*, por lo mismo que no puede ofrecerse á sí mismo, á fin de conseguir un fin contrario, esto es, *perfecto* é *infinito*.

A este propósito dice elocuentemente el ilustre autor de *Los Mártires*: «El cielo parece que quiso dejar trascurrir cuatro mil años desde la caída hasta la rehabilitación, á fin de dar á los hombres tiempo para juzgar por sí mismo cuán insuficiente eran sus regeneradas virtudes.»

¿Era otra la idea dominante del pueblo hebreo, más que la venida del Mesías? ¿No se han dejado oír sus profecías por todos los ámbitos del mundo, con vibraciones potentes y conmovedoras?

La esperanza fué siempre el aliento de la humanidad, figurando los antiguos que quedaba en el fondo de la caja de Pandora. Pero Esquiles, en su tercera tragedia, presenta con los colores más soberbios á Prometeo libertado, y el Egipto, la India, la China, la Escandinavia, han vivido halagados siempre con esa deidad sublime que, sin la cual, sería carga insoportable la vida.

Realizáronse por fin las profecías, y el hombre puede ya volver á Dios, considerándose libre y teniendo abiertas las puertas del cielo. El niño que cantó el poeta mantuano, el descendiente de Isis, como decían las tradiciones profanas, ha vencido al formidable dragon; y si bien la lucha dura todavía, la verdad tiene que triunfar de todos los precipicios, atravesando por entre el mundo y sus pasiones, radiante de gloria y esplendor.

Batalen, pues, contra la Iglesia los espíritus díscolos, pues ella, como dice A. Nicolás, *no hay ciencia que no haya sido la primera en instalar y fomentar*; y bajo este punto de vista, la *cultura* y la *ilustración* sólo pueden comprenderse en los pueblos católicos, que son en realidad los verdaderamente *civilizados*.

*Dios es la vida del alma, y el alma es la vida del cuerpo*, dice el doctor angélico; deduciéndose de aquí, como dice Rey y Heredia, *que las condiciones huma-*

*nas de la moralidad han de buscarse en la vida interna del alma, que es donde reside la fuerza personal y libre. Supone, por lo tanto, la Redención, la Libertad, cuyo bien no tenía el hombre ántes de la venida de Jesucristo.*

Sacrificóse por nosotros, para hacernos ver, como dice San Jerónimo, *que faltándonos la esperanza de la resurrección, falta todo á la observancia de la piedad*; y que como añade San Juan Damasceno, si no hay resurrección, no hay Dios, ni hay providencia tampoco, con que todas las cosas estarían sujetas al acaso. Por eso se dice teológicamente: *A morte ad vitam reparatio*, dando así á entender, que despues de la vida *terrenal*, se halla la *celestial*, para el justo.

La Redención trajo consigo la abolición de toda iniquidad erigida en *ley* y en *costumbre*; pero como Jesucristo predicaba la *humildad*, dice de él San Mateo:—«Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos.» Y en el salmo 71,—23, leemos también:—«Perdonará al pobre y al necesitado, y salvará las almas de los pobres.»

Así se comprende la oportunidad del texto, en que se dá á conocer que en cumplimiento de las disposiciones divinas, los que no merecieron al mundo más que desprecios, ocuparán los primeros puestos, cuando los malvados é impíos, segun lo amplía Bossuet, que tuvieron su imperio sobre la tierra, serán ignominiosamente arrojados á las tinieblas exteriores.

La Redención tiene su símbolo en la profunda humillación de Jesucristo, anonadado hasta la cruz. La misericordia le obligó á cargar con ella, porque en

ella iban todos los delitos y todas las miserias, padeciendo en toda la universalidad de los miserables.

Los ricos y los poderosos, no son para la Iglesia, más que servidores de los pobres; y por eso San Pablo ordena á los fieles, *que lleven unos la carga de otros: Alter alterius onera portate*. Dice San Agustín, *que la carga de los pobres, es no tener lo preciso y la de los ricos, más de lo necesario*.

Por eso el Evangelio, única verdad filosófica y social de buena política, nos hace á todos iguales; comunicándonos mutuamente nuestras cargas, como dice San Pablo por estas palabras: *Ut fiat œquitas*

Penetremos, pues, el pensamiento de la Redención.

Ella recibe á los ricos en la iglesia, á título de que sirvan á los pobres, haciendo que la abundancia supla á la escasez, dando asignacion á los necesitados, sobre lo supérfluo de los opulentos, los cuales participando de su miseria merecen también socorriéndolos, participar de sus beneficios.

La devoción y grandeza, pues, del catolicismo, consiste en haber emancipado á los pobres y á los afligidos, á fin de que los afortunados, viendo que Jesucristo los tiene por hijos predilectos de su Iglesia, se consideren honrados sirviéndolos; estableciendo así una igualdad tan sublime y aceptable, que sólo los impuros pueden rechazarla. Tal es el fundamento teológico, moral y político de la *Redención*, y de esta manera considerada, no puede ser odiosa más que á los espíritus obcecados, que sólo piensan en mundanales goces, y á los que son arrastrados al vicio, seducidos por doctrinas anticristianas.

Saludemos, si, á la Redención; considerémosla como un símbolo de paz, de armonía, de progreso constante y tranquilo, apoyándonos en sus fuertes muros, abrigándonos á su sombra, pues ella brinda grato consuelo á todas las almas; y es, digámoslo así, la fuente de aguas vivas, cuyo manantial borra los pecados del mundo, fomenta el progresivo desarrollo de la humanidad; concede á la mujer las garantías de su digna independencia, santificando el matrimonio, elevando el carácter de la familia; evitando, en fin, el escándalo y la tiranía, pues quien dice *Redención*, dice *honor, gloria, libertad, alegría y paz* en la sociedad, en la familia y en la *humanidad*, tendiendo así á la realización del gran principio de la Iglesia.

UN SÓLO PUEBLO Y UN SÓLO PASTOR.

Donoso Cortés dice de conformidad con el Pontificado: «Desde que se levantó la Cruz en los aires, no hay hombre ninguno que no pueda vivir en el cielo, aún antes de dejar en la tierra sus mortales despojos, porque si aún vive aquí por la tribulación, está allí por la esperanza.»

Considerando en lo que Jesucristo sufrió por nosotros, poco nos importa que nuestra suerte nos haga padecer. La voz de Dios nos dice con inefable ternura: «Sufre, trabaja y espera.» Y á Jesucristo debemos imitar, si queremos vivir en paz con nuestra conciencia y merecer la salvación eterna.

El Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego sobre los Apóstoles y discípulos en la casa en que estaban recogidos, verificándose lo que Cristo Señor Nuestro les había dicho (Luc., 12.) *Fuego vine*

*á traer á la tierra, y no quiero que deprenda y encienda sino en los corazones de los hombres.*

Cumplióronse las profecías.

La esclavitud y el vicio tenían que sucumbir.

La explotación del hombre por el hombre era un contrasentido de la razón y del derecho.

El último festín de los verdugos tenía que celebrarse en el Pretorio.

Las últimas bofetadas y los últimos azotes tenía que recibirlos el humilde hijo de Nazaret.

Voz de los siglos, autoridad de los tiempos, recuerdos de los mónstruos coronados en el Capitolio, restos de las víctimas devoradas por animales feroces en el Circo, ¿qué objeto representas tratándose de la *Redención*? ¿Qué nos dice la memoria de aquellos desgraciados conducidos á la cárcel Mamertina, de los cadáveres que los *confectores* arrastraban con garfios por la rápida pendiente de las Gemonias, arrojándoles despues con desprecio á las ondas del Tiber, como venenosa carne de corrupción? Los que defendeis el imperio de la *materia*, ¡responded, hablad! ¿Era aquello por ventura la *civilización* y el *progreso*? ¿Era aquello la *inteligencia* y el *amor*? Para vosotros, que negais la *Providencia* y acatais el *Fatum*, aquello era el bello ideal de la *filosofía*. Mas ¿qué *filosofía*? La negación de toda verdad. El vencedor repleto de satánico orgullo, desafía al cielo en el templo de Júpiter Capitolino, con las manos humeantes en la sangre de las víctimas; y los infames jueces de aquel Imperio esfacelado, pronuncian corrosivamente las palabras sagradas: *¡Actum est!* todo está aca-

bado. Sí: el enbrutecimiento ha vencido; la fuerza ha consumado sus triunfos; la carne ha dominado al espíritu, y la barbárie ha dominado de la fé, haciendo pedazos la razón y pisoteando la dignidad personal.

El festín se repite en el coliseo, en el circo Flaminió: la orgía no cesa en los teatros, en las naumaguías, en las termas y aún en la misma asfixiante y tenebrosa cárcel Mamertina.

Por fin, se consumió el ideal de Caracalla, de Cómodo, de Tiberio, de Nerón. El fuerte dominará al débil; el niño y el anciano desvalidos, serán arrojados al cieno; la honradéz será un sarcasmo y la humildad un delirio: *¡Actum est!*

Pero Dios vela por el linaje humano.

La virtud no puede desaparecer.

La fraternidad tiene que triunfar.

Todos los hombres somos hijos de un mismo padre. ¡Romped, romped los eslabones de la esclavitud, párias é ilotas! La aurora de un nuevo día alborea en el horizonte.

Vino al mundo el humilde hijo de Nazareno.

Vino á libertarnos del yugo del *sensualismo*; vino á recordarnos que la vida es el *amor* y la *inteligencia*; vino á enseñarnos á tener desasimimiento del mundo y á aspirar á la vida inmortal; vino á combatir las supersticiones y las mentiras, los vicios y la crueldad. Mas en cambio de inundar de paz y de luz el universo, los tiranos decían: *commovet populum*, y las turbas mal aconsejadas repetían: *¡Tolle, tolle, crucifige eum!* *Secundum legem debet mori*. ¡Cuánta ceguedad!

Y en tanto Jesucristo prosigue su marcha á través

de zarzales y de espinas: carga con los vicios de los hombres, y se dispone á morir por ellos en afrentosa cruz, para darnos la *gloria*, la *libertad* y la *vida*.

Jesucristo sube al Calvario.

Cuando iba á pasar él cargado con la cruz, una mujer sensible y generosa le salió al encuentro, y fué á secarle el sudor que inundaba su rostro, con un finísimo pañuelo. Aquella mujer angelical, era el primer paso que la compañera del hombre daba en la tierra, para enseñar á sus hermanas á ser piadosas y abnegadas, ayudándonos dóciles á sobrellevar nuestras penas, enjugando fieles el sudor de nuestra frente.

Jesucristo la miró con su inefable ternura, y le dijo:

«Tu acto de caridad, Berenice, será en adelante tu nombre. Tú te llamarás *Bera Icon*. Ahora en memoria y en prenda de mi gratitud, recibe este testimonio de mi cariño.»

Y el rostro del Salvador quedó grabado en el pañuelo de la Verónica, como en el corazón del hombre que sufre, queda eternamente impreso el rostro de la mujer que le consuela, deseando ser dueño del mundo, para premiarle tanto favor.

Jesucristo antes de morir, dirigió una súplica á su padre, diciéndole:

«Perdonadles, porque no saben lo que hacen.»

A las buenas mujeres que le lloraban, les dijo también: «No lloreis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos.»

Jesucristo queria significar que su misión en la tierra, era pacto de alianza con los hombres, con los cuales lo estableció generosamente, entregándose á

su albedrío. Que era la verdad (*Ego sum veritas*); y como la verdad es inocente, por eso sufre persecuciones, cargando con el ódio de los príncipes y los sátrapas del error (*veritas odium parit.*)

Jesucristo fué necesario, y por eso vino del cielo y se humanizó en la tierra, para demostrar que es aborrecida la luz, porque la luz es el *Progreso*, y el progreso es *Dios*.

Jesucristo no tiene ningun punto de semejanza con los filósofos y los legisladores, y no es cristiano, ni civilizado, el que no pretende hacerse semejante á su divino tipo, yendo de lo finito á lo infinito, y tomándolo á Él por Mediador.

Con Jesucristo nació una religión de paz.

Con Jesucristo nació la fraternidad.

Con Jesucristo nació un sólo *Derecho*, un sólo *Gobierno*, un sólo *Pueblo*.

Y en el Cristianismo no caben reformas.

No hay más que un sólo Cristianismo.

Todo lo que sea modificarlo, es una tendencia neopagana, es marchar á la deificación sistemática de la razón humana; es hacerse independientes de Jesucristo.

Los filósofos anti-cristianos tienen el cerebro vacío. Son unos postulantes del aplauso y del medro personal. Se visten de gasa dorada, y su cuerpo está rodeado con las vendas de una momia.

Cuando pierden su prestigio entre los literatos y los pobres, buscan el apoyo de los charlatanes ó de los hipócritas, rehusando entonces el concurso de los creyentes para abroquelarse con los escribas y fariseos.

Sólo en Cristo se halla la luz (*Ego sum lux mundi*)

Los filósofos y los reformistas hunden en el cieno de los intereses materiales á la sociedad. Tienen su círculo de aduladores, clavando sus miradas, sus manos y su corazón en las entrañas de los inocentes.

Con Jesucristo el entusiasmo caballeresco, el honor, la lealtad, la virtud.

Sin Jesucristo, el egoísmo y la obscenidad.

Y segun vamos viendo, parece que la sociedad actual suspira por los tiempos de Tiberio y de Calígula.

Quiere la vida de los sentidos.

Por eso ese afan de enriquecerse; esa febril ansiedad; ese aplauso que recibe el que se presenta con lujo, por más que sea un explotador y un infame; ese *Panem et circenses*, en fin, con que se pretende alargarlos y reducirnos á la condición del esclavo atado á la máquina de un molino.

El mal que nos aqueja, está exclusivamente en nuestras tendencias *neo-paganas*.

¿Caben dentro del cristianismo los tribunales de la fuerza y la justicia desesperándonos?

¿Caben los elementos destructores, dentro de la esfera de atracción moral y de fraternidad?

¿Caben dentro del cristianismo las teorías del Liceo y del Pórtico?

Desengañémonos: nos vamos dejando dominar por doctrinas de muerte.

Vamos teniendo religión de los adoradores del *Becerro de oro*.

¡Triste sería también que los poderes pudiesen pa-

recerse, ó fuesen menos religiosos aún que el Areópago ó el senado romano!

Con Jesucristo no cabe la usurpación y la tiranía.

Con el cristianismo sólo puede existir la probidad y la libertad.

Religión y fraternidad.

Caridad y amor.

Paz universal.

Esto dice la Iglesia Católica.

Partiendo de estos principios, no se puede dudar del éxito de una doctrina toda de amor y caridad.

Con el Cristianismo se forma el alma y el corazón para la vida social y para la familia.

Con el Cristianismo se puede gobernar y obedecer. ¿Qué religión podrá ser la del porvenir, anunciada por un moderno filósofo? ¡Ah! habláis del porvenir; siempre con el porvenir; y el porvenir es la Eternidad. Quereis matar las tradiciones y las profecías, inoculando en la humanidad sentimientos de rebelión, para que tenga seguro triunfo la coacción y la violencia, poco despues servilmente alabadas.

¿Qué ideas puede formar el *materialismo*? Ideas de *sensualidad*. ¿Y qué acciones pueden resultar de ideas perniciosas? Y de las acciones de anarquía y de impiedad; acciones de dominación y despólio, pagadas y sostenidas por verdugos, erigidos en héroes.

La conmemoración de la muerte de Jesucristo es de gran provecho para los pueblos.

Los enemigos de los pueblos son los que amortajados en el sepulcro del vicio, aspiran tan sólo á vivir engañándolos, haciéndoles buscar la felicidad entre

rios de sangre y de turbulencias, mintiéndoles un ideal irrealizable.

Sólo la Paz es el reinado de la justicia.

Este hecho y las consecuencias que de ello se desprenden, domina y caracteriza de tal modo al Cristianismo, que fuera de él no se puede realizar ningún progreso.

La filosofía anti-cristiana, la ciencia materialista, es un arsenal de armas mortíferas dirigidas al cuerpo social.

Los males de que se quejan los escépticos y los ateos, radican en el alma; ese es el enfermo á quien es preciso curar.

Jesucristo manda pelear con la Caridad y el Amor.

Jesucristo manda pelear con la palabra y el ejemplo.

¡Oh! vosotros, los que estais sentados en el cieno, con una venda en los ojos! Recordad la muerte y pasión de Jesucristo, para aprender á vivir bien y á no haceros reos ó cómplices de tiranías.

Recordad esa muerte y pasión que simboliza el martirio de las grandes ideas; ideas que nos realzan y ennoblecen, colocándonos en la esfera espiritual. ¡Sublime gloria, que no puede compararse con la pompa y vanidad de los admiradores del vicio, lisonjeados por la Fortuna.

Sólo Jesucristo puede dar vida á los pueblos.

Sólo el Cristianismo puede realizar las conquistas de la verdad.

Negad esto rotundamente, oh filósofos turbulentos, y vosotros sois la causa de los males de la sociedad. Lanzados á la vida pública, engañais á las inteligen-

cias rústicas; fomentais el vértigo de los libertinos; haceis, por último, atmósfera de esclavitud.

¡Oh Jesucristo! ¡Verdadero sábio, verdadero legislador, verdadero filósofo! Tu doctrina tiene una esfera de acción universal; una doctrina que no agradecen los que se vanaglorían con el sensualismo, santifican toda idea, toda acción nacida en el cráter de la soberbia, ignorando que sin cristianismo no puede haber *ciencia, amor, progreso y felicidad*.

«Amaos los unos á los otros como yo os amé», decia el divino Redentor.

Y á los que se sentían dominados por el pesar:

«¡Venid á mí los que sufrís y llorais, que yo os consolaré!»

Con tales palabras, hizo prodigios Jesucristo.

Solamente las desoian los monstruos, como hoy las quieren olvidar los que comercian con la sangre humana.

¡Oh pueblo! ¡Abrazáos á la cruz del Redentor! ¡Verted lágrimas del alma, al recordar su pasión y muerte; y sabed y entended, que fuera del *Cristianismo*, sólo pueden existir el envilecimiento, la ruina y la esclavitud en la cadena, muchas veces disfrazada en la *libertad*.

¡Gloria al Divino Redentor!

¡Doblemos la frente ante la Cruz; y admitamos las consecuencias benéficas y salvadoras de la Iglesia, alabando á Dios como Job, autor de tantas maravillas, que el hombre no podrá comprender jamás: *Gloria Solis Deo, qui fecit magna et inscrutabilia*.

Puede muy bien suceder que nadie se acuerde de

mí dentro de algunos años, como hoy no se fijará en mí apenas nadie, sino para reirse acaso; pero yo anticipadamente me considero ya podrido y en compañía de los gusanos, y repito á cada instante con Job: *Putredini dixi patermeus es, matermea, et soror-meae, vermibus.*

Yo bien sé que todos los que cruzamos por este verdadero valle de lágrimas, hemos de hallarnos un día con descomposición pútrida, dando origen al hidrógeno carbonado, fosforado y sulfurado, al amoníaco, al ácido carbónico y otras sustancias de que sería prolijo hacer ahora mención. Después nuestro cuerpo entregado sin resistencia á la septicemia y putrefacción, será una ceniza gris, negruzca, que al tocarla se pegará á los dedos, y por último, á pesar de nuestras vanidades mundanas, una carne muerta, abandonada á los gusanos: *caro data mermidus*; y decimos abandonada á los gusanos, porque aún estos la desdeñan; siendo una carne que no ha sido posible definirla, porque la ciencia parece también desdeñarla, para que en vida sepamos humillar nuestra ira y nuestra soberbia, que son nuestros peores enemigos.

---

Incluyo la siguiente poesía en este tomo, como homenaje al antecesor del actual Pontífice, cuya memoria tanto enaltece la piedad de los católicos y es florón de la silla de Pedro.

**EN LA MUERTE**  
DEL  
**SUMO PONTÍFICE PÍO IX**

---

ELEGÍA

*Multus ille bonus flebilis  
occidit.*

¡Préstame, oh Dios, un rayo de tu lumbre,  
Para llorar constricto,  
Del que se hallaba en la celeste cumbre  
De un Sólío del Señor, siempre bendito,  
La muerte que le dió su pesadumbre!

---

No del viento que orea el Aventino,  
Que el alma mortifica,  
Vendrá en torrente plácido y divino,  
La inspiración que al vate dulcifica,  
Porque es, al fin, doliente peregrino.

---

Ni del Circo, recuerdo maldiciente  
De la historia pagana,  
Vendrán los lauros para ornar la frente,  
Porque aun respira el estertor rugiente,  
De la fiera salvaje y africana.

---

Vendrá á mi musa conmovida y triste,  
La inspiración bastante,  
De cuya fe la Iglesia se reviste,  
Y á cuyo fuego el alma no resiste,  
Porque es más fuerte que el altivo Atlante.

---

Vendrá de Pedro y Pablo la dulzura,  
Que redimió tranquila,  
Recibiendo por premio la tortura,  
Después de darle al mundo su ventura,  
Venciendo el génió del soberbio Atila.

---

Vendrá de Constantino victorioso,  
Que recorrió venciendo  
El mundo que era esclavo de un coloso;  
Que arrolla fuerte su pendon glorioso,  
Y queda absorto sus fulgores viendo.

---

¡Llorad conmigo, doloridos vates,  
La funeraria pena,  
Del que sufrió del mundo los embates,  
Y resistió el furor de sus magnates,  
El alma puesta en Dios firme y serena!

---

¡Llorad conmigo, vírgenes creyentes,  
Y dadme vuestras flores,  
Para adornar con lágrimas fervientes,  
La tumba del Apóstol de las gentes,  
Y brillarán con dulces resplandores!

---

No sé cantar si no me alumbra pía  
La estrella brilladora,  
Que inspira en el dolor la poesía,  
Porque doliente siempre el alma mía,  
Con mucho más dolor la siento ahora.

---

¿En dónde hallar del arpa los sonidos  
Del profeta inspirado,  
Que lloró los pesares recibidos,  
Por los que fueron en Sión temidos,  
Y luego vieron su pendón hollado?

---

Solo en la Iglesia Santa, indivisible,  
Manantial de pureza,  
Que el credo de Jesús hace invisible,  
Y hace arribar con viento bonancible  
La nave de su amor y su grandeza.

---

Puedes, oh lira, modular tus sonos  
Con esplendor cristiano!  
¡Vibra creyente y dile á las naciones,  
Que en medio de sus locas ambiciones,  
Descuellos la verdad del Vaticano!

—  
¡Ven, arpa mía, ven, que en tu tristura  
Yo filtraré contento;  
Pues libar quiero mares de amargura,  
Para alcanzar la libertad segura,  
Para elevar á Dios mi pensamiento!

—  
Y en la callada noche silenciosa,  
Sin que me alumbré el día,  
Yo elevaré mi trova religiosa,  
Para que vaya en la tranquila fosa,  
A resonar con triste melodía.

—  
Yo elevaré mi acento doloroso,  
Creyente, acongojado,  
Recordando el Pontífice glorioso,  
Que fué en el mundo un astro luminoso,  
Y no pudo jamás verse eclipsado.

—  
Y con mi llanto cubriré mi lira,  
Como cubre el rocío  
Las flores del desierto Campo-Santo,  
Cuando forma la noche con su manto  
Un claro-oscuro, pálido y sombrío.

—  
Y así yo cantaré solo, ferviente,  
Mi soledad yo viendo;  
Y cuando el sueño rinda ya mi frente,  
Mi arpa quedará triste, doliente  
Y sus cuerdas también tristes durmiendo.

—  
Mas soñaré entre tanto sin tristura,  
Con música sonora,  
Gozando con mi sueño la ventura  
Que otro sueño más largo me asegura,  
Hasta que brille la rosada aurora.

—

¡Ven, arpa mia, ven, y deja ufana  
La mundanal escoria!  
—No te embriagues con la pompa vana,  
Porque ensalzando la verdad cristiana,  
Alcanzarás el lauro de la gloria!

—  
Y al resonar con funerario acento  
En mi dolor profundo,  
Irán tus ecos por el raudo viento,  
A confundirse con el triste acento,  
De la cristiana grey en todo el mundo.



El precio de cada tomo de esta biblioteca es el de UNA peseta en toda España y 1 peseta 50 céntimos en el Extranjero y Ultramar.

Todos los pedidos se dirigirán á nombre del autor, calle de San Andrés, 21, pral. izquierda.



18.49



196-